



INGLATERRA

VIAJES

FSAS  
015

FSAS  
015

01  
Soledad Acosta de Samper



W. B. Samper 96.  
VIAJES

ESTUDIOS SOBRE INGLATERRA

02



SRA. D<sup>ña</sup> SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER



## I

## CARÁCTER Y COSTUMBRES

Las blanquecinas costas de Inglaterra se perciben á las claras desde algunos puertos de Francia, pues entre éstos y las primeras apenas median siete leguas; sin embargo, cuán diferentes son esas naciones!

¿Quién puede dudar de que la Gran Bretaña sea la primera nación de Europa por su riqueza solidísima, el carácter de sus habitantes y la influencia que éstos ejercen en el mundo por la sabiduría de sus instituciones, su comercio (ya hoy un tanto decadente), su amor á una juiciosa libertad y el espíritu levantado de sus habitantes?

Los que visitan la Inglaterra superficialmente (y éstos son casi todos los viajeros de las Repúblicas hispanoamericanas) y sólo ven lo que hiere su vista, no pueden tener verdadero conocimiento de lo que es este pueblo; no comprenden su respetabilidad, que se funda en un hondísimo amor al orden y á la independencia; su acrisolado patriotismo; su odio á la mentira y su afición entusiasta por la verdad; la rectitud de sus ideas y aquel respeto por el hogar doméstico que los caracteriza, desde el potentado y el millonario hasta el último labriego y artesano, y aquella limpieza del alma y del cuerpo en que se complacen y que los distingue.

En medio de estas cualidades, el inglés tiene gravísimos defectos que le hacen antipático para los otros pueblos, de lo cual él no se preocupa; no le importan las opiniones de los extraños; su egoísmo nacional — no personal — le hace cometer injusticias, y su orgullo no tiene

límites, porque nadie le hará pensar por un momento que su nación no es la más grande y la que debe ímperar en el universo.

A pesar de sus inclinaciones aristocráticas *la clase media* es la que tiene la mayor influencia en los negocios del país, como es el *pueblo* soberano en Francia y la *nobleza y el ejército* quienes mandan en Alemania.

El Conde de Montalembert es el extranjero que mejor ha comprendido el pueblo inglés, porque poseyendo en sus venas sangre anglo-sajona ha podido penetrar mejor en el espíritu de aquella nación para comprenderla con más exactitud que los franceses y españoles; con ese motivo vamos á citar algunas páginas de la obra magna de aquel autor de *Los monjes de Occidente*, antes de entrar de lleno en los modestísimos estudios que nos proponemos presentar al público colombiano.

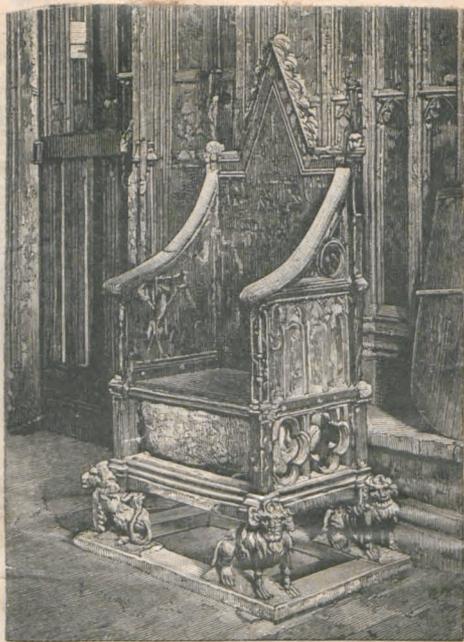


“Hay en la Europa moderna (dice el gran atleta del catolicismo en Francia), á siete leguas de Francia, á la vista de sus playas del Norte un pueblo cuyo imperio es más vasto que el de Alejandro y el de los Césares, el cual es al mismo tiempo el más libre y el más poderoso, el más rico y el más viril, el más audaz y el más ordenado que hay en el mundo. Ninguna nación ofrece un estudio más instructivo por su originalidad, ni presenta contrastes

igualmente extraños. Liberal y al mismo tiempo intolerante; valiente é inhumano; amante de las reglas y de lo seguro, pero también adicto al movimiento y al ruido; une á un respeto firmísimo por la letra de la ley una ilimitada práctica de la independencía individual; á pesar de que es maestro de todas las artes pacíficas, en la guerra es invencible y se enamora de ella con frenesí; aunque con frecuencia poco entusiasta, es incapaz de desanimarse y no sabe abatirse ni desalentarse. Unas veces todo lo mide y tasa según sus utilidades y su capricho, y otras se enardece por una idea ó pasión desinteresada. Singularmente

variable en sus juicios y afectos, sabe contener sus ímpetus y detenerse á tiempo; es capaz de hacer uso de una iniciativa que no tiene límites y una perseverancia invencible. Avido siempre de conquistas y descubrimientos, llega hasta las extremidades de la tierra, pero regresa más enamorado todavía de su hogar doméstico y más deseoso de conseguir la durabilidad sempiterna del honor nacional. Enemigo implacable de toda sujeción se hace esclavo voluntario de la tradición y de la disciplina que acepta libremente, así como de toda preocupación tradicional. Ningún pueblo ha sido conquistado tantas veces (en la antigüedad), pero ninguno ha transformado y absorbido tan completamente á sus conquistadores. Ninguno ha perseguido al catolicis-





The Coronation Chair in Westminster Abbey.

mo con tanto encarnizamiento, y aun parece que la Iglesia tuviera en él el más decidido enemigo (1), y sin embargo es el que más necesita de ella y á quien hace más falta y sufre mayor vacío por su ausencia, y sin embargo, no hay país en el mundo en donde los religiosos proscritos de otros, hayan encontrado mayor y más generosa hospitalidad! Inaccesible á las tempestades políticas modernas, esta isla ha sido un asilo inviolable, tanto para los reyes y príncipes desterrados como para los perseguidores de éstos.

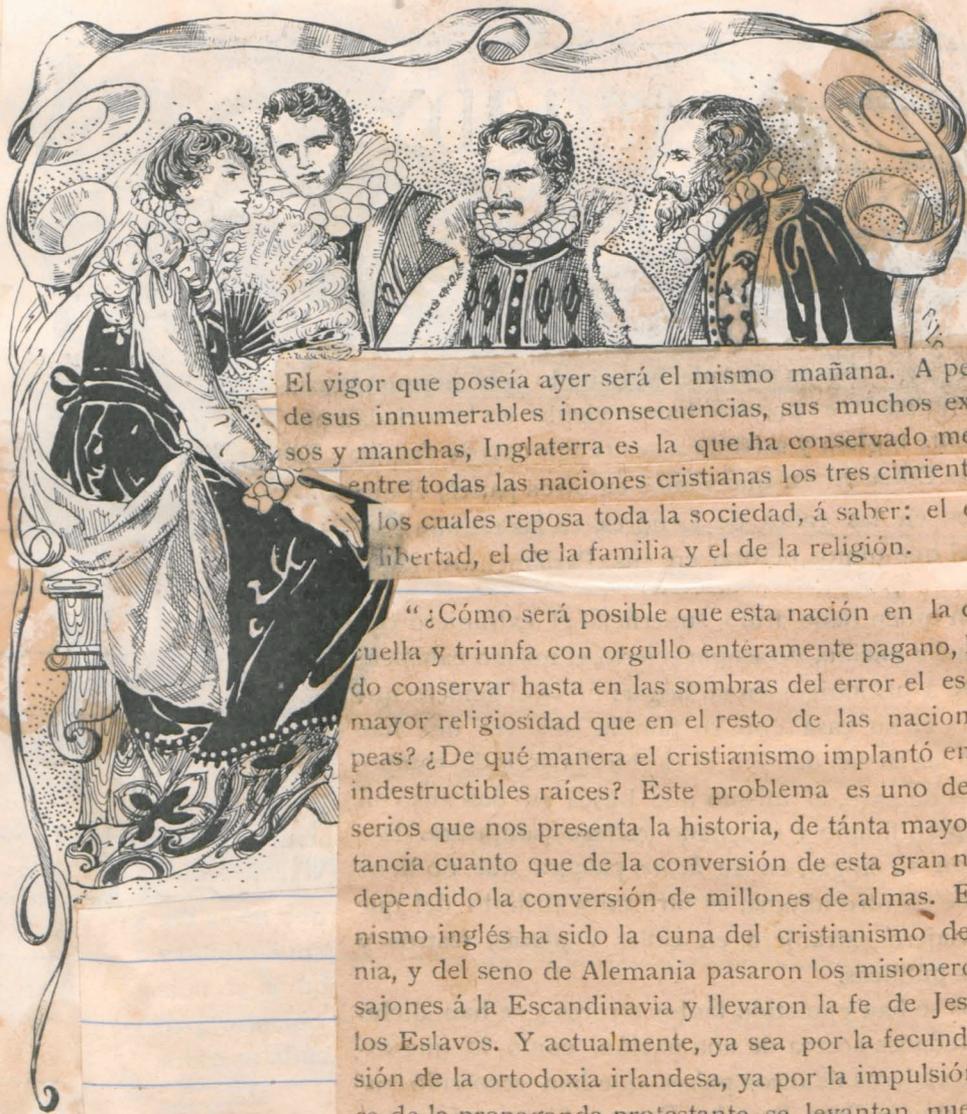
“Ni el egoísmo á veces brutal de estos insulares, ni su indiferencia frecuentemente cínica con respecto á los sufrimientos y servidumbre de los demás nos hará olvidar que allí el hombre sabe gobernarse y es dueño de sí mismo; allí es en donde la nobleza de nuestra naturaleza se ha levantado á mayor altura y esplendor; allí la generosa pasión de la independencia unida al espíritu de asociación, ha producido esa práctica constante del completo imperio sobre su alma, de donde provienen esos prodigios de ili-

(1) Desde que Montalembert escribió aquella frase, el catolicismo ha hecho prodigiosos adelantos en la Gran Bretaña, y ya ahí los enemigos de la Iglesia han tenido que callarse y dejarle amplio campo.

mitada energía, de indomable vigor, de pertinaz heroísmo, con lo cual los ingleses han triunfado, sobreponiéndose tanto á los océanos, á los climas, al tiempo y á las distancias, como á la naturaleza física y á la tiranía humana. Estas cualidades llenan de envidia á los demás pueblos y de orgullo muy justo á los ingleses.

“Como ellos aman la libertad y nada quieren sin ella, este pueblo no debe nada á sus reyes y no los considera interesantes sino porque fueron instituidos por su nación. Sobre esa nación entera pesa la formidable responsabilidad de su historia. Después de haber sufrido como ninguna otra el despotismo público y religioso en los siglos XVI y XVII, ella, primero que ningún otro pueblo, logró conseguir su libertad para siempre. Dueño al fin de sus derechos, jamás ha cejado en ellos y con ellos ha crecido su soberbia emanada de su naturaleza valiente y del conocimiento íntimo de su libre arbitrio. El inglés siempre sabe lo que quiere y la manera de conseguirlo por su propia mano. El pueblo es el que inspira á sus grandes hombres y en lugar de que ellos influyan en la nación, éstos gobiernan obedeciendo al pueblo, quien no se deja explotar y extraviar. La raza anglo-sajona es la sucesora de la romana, tiene el orgullo y la grandeza de ésta. Naturalmente me refiero á los romanos de la República y no á los juzgados y prostituidos servidores de Augusto. Así como los primeros eran codiciosos y feroces con los conquistados y tributarios, Inglaterra ha sido feroz y codiciosa con Irlanda, á quien ha procurado someter y envilecer de una manera que ella para sí rechazaría con horror. Inglaterra, como la Roma antigua, se ve también odiada por las otras naciones, y en realidad lo merece, porque si inspira admiración casi siempre, rara vez podemos amarla. Sin embargo más afortunada que Roma, no envejece, y al cabo de más de mil años de existencia, es todavía fecunda y joven. Aquel progreso lento, humilde, pero nunca interrumpido, la ha creado un fondo inagotable de fuerza y de vida sana.

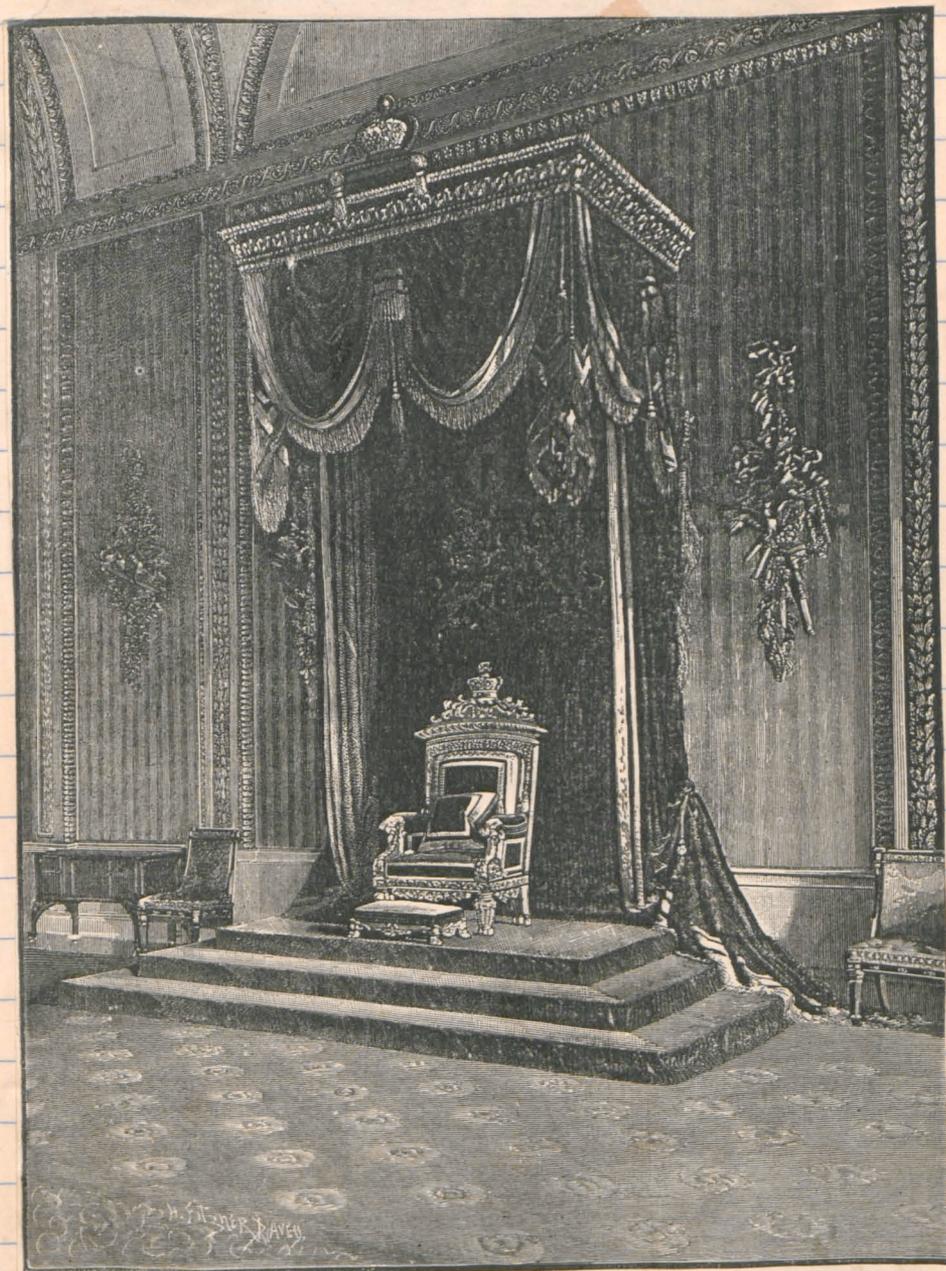




El vigor que poseía ayer será el mismo mañana. A pesar de sus innumerables inconsecuencias, sus muchos excesos y manchas, Inglaterra es la que ha conservado mejor entre todas las naciones cristianas los tres cimientos sobre los cuales reposa toda la sociedad, á saber: el espíritu de libertad, el de la familia y el de la religión.

“¿Cómo será posible que esta nación en la cual desuella y triunfa con orgullo enteramente pagano, ha podido conservar hasta en las sombras del error el espíritu de mayor religiosidad que en el resto de las naciones europeas? ¿De qué manera el cristianismo implantó en ella tan indestructibles raíces? Este problema es uno de los más serios que nos presenta la historia, de tanta mayor importancia cuanto que de la conversión de esta gran nación ha dependido la conversión de millones de almas. El cristianismo inglés ha sido la cuna del cristianismo de Alemania, y del seno de Alemania pasaron los misioneros anglosajones á la Escandinavia y llevaron la fe de Jesucristo á los Eslavos. Y actualmente, ya sea por la fecunda expansión de la ortodoxia irlandesa, ya por la impulsión enérgica de la propaganda protestante, se levantan nuevas cristiandades que hablan inglés y viven á la inglesa en la América del Norte, en las Indias, en la inmensa Australia ó en las islas del Océano Pacífico. Casi la mitad del globo poblado por cristianos ha tenido por origen y fuente el suelo de la Gran Bretaña...” (1)

(1) Véase *Les Moines d'Occident*, III vol. pág. 3.



THE THRONE ROOM—BUCKINGHAM PALACE.

8  
10

Hasta aquí Montalembert.

Vamos ahora á desarrollar estas observaciones con estudios propios que hemos hecho por nuestra parte de la nación inglesa.

Para comprender el verdadero espíritu de la Gran Bretaña, no basta poseer la lengua, conocer su literatura antigua y moderna, haber vivido algún tiempo en aquel



“EVENING ON THE UPPER THAMES.”

país, recorrido sus ciudades y visitado sus monumentos; esto no basta, es preciso haber vivido en la sociedad netamente inglesa y asistido á sus reuniones de familia. El súbdito de Eduardo VII que vemos en otros países, el que encontramos en las calles de Londres, en las reuniones públicas y el que oímos perorar en sus Parlamentos, ese inglés con quien tiene trato superficial el extranjero que visita aquella nación, no es por cierto el mismo caballero que recibe á sus amigos en su hogar; no es el tendero que se encierra en su casa con su familia una vez que han concluído las faenas del día; ni es el trabajador del campo, que vemos de paso, el mismo que busca su descanso en su pobre pero limpio y ordenado *cottage* campestre. Nó; el inglés en su hogar, en su *home*, palabra que no tiene equivalente en otro idioma, es otro muy distinto del que trata el viajero extranjero en calles y plazas, teatros y asambleas públicas.



Jamás se han cometido tantos errores y se han dicho tantas falsedades acerca de una nación, como lo que escriben los viajeros de otros países que han recorrido superficialmente la Gran Bretaña. Estos se fijan con frecuencia en las ridiculeces de aquellos anglo-sajones, en esas caricaturas que con tan gráfica pluma supieron pintar los literatos ingleses Dickens, Mark Twain y otros, las cuales son realmente naturalísimas, y encontramos estos tipos á lo vivo á cada paso. Pero debemos penetrar más en el fondo para comprender el espíritu, el alma, el carácter del inglés, prescindiendo de sus candideces, hijas de la rectitud de sus sentimientos. Como el inglés tiene un gran fondo de honradez y de veracidad innata, piensa que todos son lo mismo; como considera un crimen la falsedad y el engaño (hablo, por supuesto, de la generalidad de estos insulares; naturalmente hay muchas excepciones), no oculta su desprecio por todo lo que le parece contrario á la verdad; como son sinceros, manifiestan frialdad cuando no sienten cariño ó entusiasmo; y al mismo tiempo rien ó



"HIGHLANDS."

lloran, cuando nosotros no nos conmovemos absolutamente; son duros de corazón muchas veces, porque no ocultan su egoísmo nativo, ingenuo, y que no se toman el trabajo de encubrir; son excesivamente sentimentales si algo toca la cuerda ignorada de su alma, y su entusiasmo no tiene límites si se trata de los hombres públicos que admiran ó de las glorias de su nación que da brillo á ésta.

En prueba de que no exageramos la pintura del carácter inglés, vamos á insertar una página escrita por un inglés *pur-sang*, en tono semisatírico, pero cuyo fondo es enteramente verdadero como él lo reconoce:

“Si hay algo que nos caracteriza, dice Mr. Laird Clowes (1), es aquel orgullo que manifestamos acerca de nuestra superioridad en juzgar los hechos con equidad. Decimos que todo hombre es inocente ante la ley hasta que se haya probado su culpabilidad; ante nuestras Cortes de Justicia tratamos de igual á igual al nacional como al extranjero, y lo hacemos no porque en realidad le consideremos así, sino porque queremos demostrar la integridad y pureza rectísima de nuestros juicios. La verdad es, sin embargo, que no nos importa la suerte del extranjero. Probablemente, pensamos, merece todos los males posibles; en lo que nos fijamos es en nuestra reputación de equidad. Fuera de los Tribunales de Justicia tenemos menos escrúpulos. Desdeñamos las opiniones y las palabras del extranjero, aunque le oigamos con cierta urbanidad convencional.

“Damos gracias á Dios, y esta es una verdad reconocida entre nosotros, de que el súbdito británico es un sér mucho mejor que cualquier otro habitante del globo. Con ese motivo nos contentamos siempre con la historia vista desde nuestro punto de vista. Rara vez nos dignamos aceptar la opinión de un extranjero en lo tocante á nues-

(1) Battle of Trafalgar from the spanish side. *Cornhill Magazine*. October 1896.

tros intereses. Por ejemplo, los estudios que se han hecho para modificar las conclusiones acerca de lo que sucedió durante la época de la Invencible Armada pueden haber convencido á algunos lectores, pero felizmente no han tenido influencia para corregir las historias populares y las opiniones del vulgo. Con mucha razón miramos con el más insular desprecio las versiones históricas que han publicado franceses, alemanes y belgas, que estaban presentes en la batalla de Waterloo y tuvieron parte en ella; pero aunque así fuera, ¿qué valor podremos dar al testimonio ocular de personas de tan inferior inteligencia, de costumbres tan diferentes de las inglesas y cuyo modo de ser es tan falso á nuestros ojos?

“De ninguna manera podríamos admitir, ni por un momento, lo que dice un extranjero; no nos tomamos el trabajo de aprender lenguas extranjeras y leer los libros que se escriben en ellas. Sin embargo tal cual vez sería posible entretenernos — no para instruirnos en aquellas indagaciones llevadas á cabo por extranjeros,— sino por curiosidad, con el objeto de pasar el rato viendo lo que éstos piensan con respecto á cuestiones históricas que se rozan con las nuestras. Ciertamente si viniera á nuestras manos algo escrito por rudos alemanes ó pretensiosos franceses en que deprimieran nuestras glorias, es claro que deberíamos mirar aquello con desprecio, considerándolo ridículo é imposible. Tendríamos también otro motivo para callarnos, y es que un pueblo sobre cuya bandera el sol no se oculta jamás, no tiene para qué aprender otras lenguas, á pesar de que tantos extranjeros se han empeñado en escribir tontamente en idiomas que un inglés que se respeta nunca condescendería en aprender, así es que estas opiniones no llegarán jamás á Inglaterra.....”

Dice Montalembert que el inglés es al mismo tiempo *intolerante y piadoso, inhumano y liberal*. Es la verdad; nadie es más intolerante que el inglés cuando atacan

sus tradiciones, y no admite discusión con el extranjero que se atreva á criticar sus actos y ridiculizar sus antiguas costumbres; en esas materias su susceptibilidad es cruel y llega hasta cometer las mayores inhumanidades con los que se niegan á inclinarse ante ellos; al mismo tiempo se jacta de su tolerancia con las opiniones de sus conciudadanos, á quienes permite ejercerlas sin traba ninguna. Es en extremo hospitalario y liberal con cuantos desterrados de otros países se acogen á su libérrimo suelo y piden protección; en esto fundan su orgullo, pero eso no les impide despreciar á los extranjeros que tienen que apelar á su británica magnanimidad.

A pesar del amor que tienen á su país, hay grandísimo número de ingleses que prefieren vivir en país extraño; pero consigo llevan sus hábitos y costumbres, y moran lejos de Inglaterra como en su patria, y se consideran tan libres como en ella, porque saben que el brazo de su gobierno les ha de proteger hasta en el último rincón del mundo.

El inglés no niega sus defectos, pero esto mismo le sirve para vanagloriarse; los reconoce pero no se arrepiente de ellos, sino que los convierte en cualidades. "Se ha patentizado á los ojos del mundo, dice un autor inglés anónimo, que nosotros podemos entablar combate con cualquiera que nos moleste hasta vencerle, sin aborrecerlo por eso. No negamos ciertamente que en nuestra nación hay gente tan de mal carácter, si juzgamos por lo que dicen y escriben, que no tendrían escrúpulo en barrer de todo el globo terráqueo á cuantos hombres se atreviesen á amenazarnos y contradecirnos en lo más mínimo. Castigamos severamente á los boers é irlandeses que osan oponerse á nuestra voluntad y á nuestra marcha ascendente.

"Felizmente estos energúmenos están en minoría en la Gran Bretaña. No podemos negar que somos rudos y ásperos, pero es cierto que hay en nuestro carácter gran sentimiento de nobleza, lo que hace que no seamos ven-

gativos, y cuando combatimos no aborrecemos al mismo tiempo."



El sentimiento de la libertad y de la dignidad en el ciudadano inglés es tan grande que nadie tiene empacho en criticar al Gobierno; y los gobernantes no solamente no se resienten, sino que escuchan los consejos que hasta el último ciudadano tenga á bien darle. Las columnas de sus periódicos están siempre llenas de crítica, burlas y sujeciones que se hacen al Gobierno, sin que éste lo tome á mal,



ni se sofoque por ello; desde el Rey y sus Ministros hasta el más humilde empleado de la máquina gubernativa tienen el deber de atender á lo que le indican los libres ciudadanos del Imperio británico, y enmendar sus errores si hay justicia en las críticas que les hacen. También es cierto que el inglés no ataca y se encara con el hombre público por envidia, no lo calumnia por el prurito de lucir su ingenio satírico, y contentar así á otros tan envidiosos como él, como sucede en Francia, en España y en Sur América. En Inglaterra no se injuria ni se denigra la reputación ajena, no se ataca sino cuando hay motivo claro para hacerlo; de manera que si se ha cometido una injusticia, inmediatamente se obliga al que ha faltado á las leyes de la equidad, á que presente excusas al calumniado. El país real y positivamente está gobernado por la opinión pública; todos los ciudadanos tienen derecho de dejar oír su

voz; se cree allí que hay libertad para obrar el *bien* y el *mal*, con la seguridad de que de la discusión surgirá siempre lo que conviene al país, y que el bien acabará por obtener completo triunfo sobre las erróneas ideas. Se han persuadido en aquella nación que con *dejar hacer* se consigue lo que con la tiranía no se logra nunca, y que el bien que se impone por la fuerza no es jamás duradero, porque es preciso persuadir y no obligar.

Esto es realmente el colmo de la civilización, y excellentísimo en la Gran Bretaña, en donde el pueblo tiene juicio, discreción, rectitud y espíritu de justicia; en un



To. 19A. "ROAD NEAR THE NEW FOREST, HAMPSHIRE."

país que hace más de mil años que se está formando, y en donde cada generación ha heredado esas virtudes y cualidades de sus antepasados; en donde todas las capas sociales están igualmente civilizadas y por ende son capaces de juzgar lo que les conviene y lo que les es nocivo; pero esta libertad social, este *dejar hacer* á la inglesa, viene á ser elemento de desorden, de anarquía en otras naciones cuyo carácter es diferente del inglés; en donde reinan las pasiones y no las ideas, y en donde las razas son diferentes y las capas superiores están compuestas de gentes blancas, y las inferiores son mezcla de indio y negro; aquí en Colombia, por ejemplo, el verdadero pueblo no existe, y hasta ahora no se sabe qué clase de gobierno es el que conviene igualmente á todos.



## CARÁCTER Y COSTUMBRES

(Continuación)

En Inglaterra los vínculos de familia son los más estrechos y también los menos avasalladores. Cuando entre los miembros de una familia no hay verdadero cariño y estimación, aquello no lo ocultan; las hermanas se separan de la casa paterna, y á nadie parece escándalo que vivan aparte con alguna amiga, y esto á pesar de que él espíritu de familia es el que forma la parte más interesante de la vida de aquellos insulares, á quienes nada importa la opinión de los demás pueblos.

La inocencia, el orden, la disciplina, la obediencia en que se crían los niños ingleses forman su carácter, y en ese medio de paz, de tranquilidad, de singular pureza, crecen y viven, dejando en ellos una huella que no se borra jamás de su memoria. El recuerdo del *nursery* (palabra que no tiene equivalente en otra lengua y que podría traducirse por la de *gineceo de los niños*), en donde todo inglés medianamente acomodado pasa su infancia, es sagrado para él. Aquellas piezas apartadas del resto de la casa de sus padres, adonde nunca llega el eco de las tempestades de la vida, en donde se cultiva el corazón del párvulo y en cuyo recinto no entran sus padres sino con el respeto





que surge del corazón al contemplar una completa y purísima inocencia; allí, en el *nursery*, se desarrolla el espíritu de esos angelitos de melenas rubias, y se fortalece su cuerpo con alimentos sanos y adecuados á su edad, en una atmósfera de dulce quietud y de una existencia sosegada. Allí no oyen jamás palabras de esas que corrompen mu-

chas veces al niño desde su infancia en medio de la sociedad, y sólo penetra esa literatura inventada en Inglaterra para los niños, con la cual se instruyen entreteniéndose con nobles ejemplos; allí no tienen noticia de los disgustos que pueden turbar la tranquilidad de la casa y no conocen de la vida sino los dulces goces de la inocente infancia. Cuando los varones abandonan el *nursery* y pasan á los colegios en donde deben estudiar, van ya armados con una sana educación moral y física. En los colegios también se cuida particularmente de la pureza de su vida; se fortalece su espíritu con altos sentimientos de respeto por todo lo que es grande y noble, y sus cuerpos con ejercicios atléticos que dan vigor al cuerpo y al alma.

Entretanto las niñas cuando salen del *nursery* pasan al cuarto de la escuela (*school-room*), en donde reciben una educación apropiada á su edad; no se mezclan con la sociedad que frecuenta los salones y el mundo; ni oyen





hablar á las personas grandes lo que no les importa saber.

Salvo las gentes pobrísimas, enteramente proletarias, toda la niñez inglesa—desde la de los miembros de la más alta aristocracia hasta las familias de los tenderos y aun de los que trabajan en fábricas y campos,— tienen un departamento en su habitación, en donde permanecen los niños apartados del ruido y de las pasiones mundanales. Hasta la más pobre mujer hace esfuerzos para que sus hijos no se contaminen con el espectáculo de la vida; las madres de familia trabajan y se sacrifican con el objeto de alcanzar á pagar una sirvienta que cuide de sus hijos, separados de las personas grandes, hasta que los mandan á las escuelas públicas, en donde la regla es la del orden, la compostura y la inocencia.

De esta manera jóvenes y niñas se desarrollan en un medio ambiente fortificante y puro, y cuando llegan á la edad de tomar estado, sus ideas son elevadas y nobles. No ven en el matrimonio, como sucede en Francia, tanto hombres como mujeres, un contrato civil, un medio de mejorar fortuna ó adquirir posición social; los franceses buscan en todas las capas sociales ó una dote que les procure los medios de ensanchar sus negocios, su lujo, sus vicios ó sus comodidades, ó procurarse influencias para adquirir destinos; las mujeres de la misma nación buscan en el matrimonio principalmente su libertad personal y la manera de gastar un lujo que no se permite á las solteras. El



inglés, al contrario, no considera á la mujer como la representante de una cifra, de una suma de dinero encarnada en el matrimonio, como sucede en Francia; no es tampoco para él la unión de una mujer que frecuentemente le inspira un amor pasajero, que se apaga á los pocos meses de vida común, como sucede en España y en Hispano-América. Nó; para él su esposa es la señora de su casa, á quien ama con el corazón y el alma, y á quien respeta porque es digna de ello; su esposa es la madre de sus hijos, la que manda y preside su hogar y la única mujer que compartirá un amor verdadero, sin oropeles, exageraciones, ni vanas fantasías.

Hay entre las clases humildes y la burguesía en Inglaterra una costumbre que solamente puede existir en un país en que se respeta á la mujer, se la considera y se la acata. Cuando un obrero ó tendero quiere descubrir si alguna muchacha de su propia esfera le conviene para esposa, la pide licencia para pasear con ella en los días feriados, y juntos van á los parques, á los alrededores de las ciudades, á los conciertos y á los teatros. Si al cabo de más ó menos tiempo ambos simpatizan y creen que puede convenirles el enlace, se comprometen á casarse y avisan su determinación á sus familias, sin que éstas hayan tenido que ver nada en el asunto. Pero si al conocerse y tratarse de cerca encuentran que no han simpatizado lo suficiente para enlazar su suerte, se separan tranquilos y sin lucha, y cada cual emprende otra conquista ó hace nuevo ensayo.





A veces los compromisos duran años, y suelen envejecerse antes de haber logrado conseguir con su trabajo el dinero que necesitan para fundar casa y tener hogar propio.

Naturalmente estas costumbres prudentes y racionales tienen excepciones; y en la Gran Bretaña, como en todas partes, se desarrollan también dramas apasionados, se cometen grandes abusos de confianza y hechos criminales en todas las clases de la sociedad, pero la generalidad no es así. Además los Tribunales de justicia tienen cuidado de que no impunemente los hombres se burlen de la buena fe de las que confían en ellos; y desgraciado del que se atreva á faltar al respeto á una joven, ó que no cumple con la palabra de matrimonio que la ha dado! Convicto de aquellas faltas le condenan á pagar una multa más ó menos crecida, según los recursos y la posición social del culpable. Se comprende que esto no sucede sino entre los trabajadores y en la burguesía inferior, aunque no han faltado casos entre gentes de más alto rango en que se ponga pleito á caballeros que han faltado á su palabra ó se han aprovechado de la candidez ó la imprudencia de alguna incauta doncella. Esto nos parece contrario á la modestia y á la dignidad de una mujer entre nosotros y primero perdería la vida una joven hispanoamericana que presentarse ante un Tribunal pidiendo justicia y que castiguen al que ha faltado á su palabra con una multa en dinero que ella reciba! Sin embargo cuántas veces no se evitarían graves males si el hombre supiera que no en vano





se burla de una mujer! Pero en cuestión de costumbres las hay diferentes en cada nación; lo que parece indecoroso en un país está perfectamente recibido en otro. Por supuesto que entre la alta sociedad las cosas pasan de otra manera; sería mal visto en Inglaterra, no en los Estados Unidos, que una señorita respetable saliera sola por ciudades y campos á pasear con alguno de sus pretendientes ó amigos; pero en Inglaterra en todas las clases de la sociedad tienen más liber-

tad que entre nosotros; se encuentran los jóvenes de uno y otro sexo con más frecuencia; se tratan, y tienen ocasiones de estudiarse mutuamente sin mayores trabas. Esto consiste en que los ingleses consideran y respetan á las niñas y serían enteramente incapaces de aprovecharse de aquella libertad para cometer alguna falta.

Uno de los defectos mayores que hay en el matrimonio entre los protestantes ingleses es la facilidad que encuentran para divorciarse; es este un elemento de desorden que produce gravísimos males en la sociedad, socavando los vínculos de la familia, haciendo que los matrimonios se hagan de prisa y sin pensarlo suficientemente, porque saben que el día en que se desavengan hay remedio para su mal. El divorcio es más común entre las altas capas de la sociedad inglesa, porque siempre aquel pleito cuesta mucho dinero y los pobres no tienen recursos para

hacer semejantes gastos. Como entre los protestantes el matrimonio no es un sacramento, sino un contrato civil que puede llevarse á cabo en cualquier parte, sin ceremonia religiosa ninguna, si así lo quieren, siempre queda manchada la reputación de la mujer divorciada, aunque no tenga la culpa ella sino el marido.

La esposa anglosajona es por lo general sumisa, obediente y abnegada; para ella su marido como jefe de la familia, debe mandar y ser acatado sin discusión. Esto no lo hará porque él sea mejor educado que ella, sino porque se la ha enseñado á reconocer la autoridad del marido. El esposo por ende es, con pocas excepciones, varón justo, de sanas costumbres, y rara vez falta á la fidelidad de su palabra, porque es honrado, ama á su familia y se goza en vivir en su hogar; es verdaderamente un caballero en sus actos, no lo finge, no engaña, ni busca goces prohibidos fuera de su hogar.

Este amor á su hogar proviene en gran parte de la vida que las clases elevadas de la sociedad llevan en el



“AT UCKFIELD, SUSSEX.

campo. No solamente los hidalgos y titulados prefieren vivir en el campo más bien que en la ciudad, sino que los tenderos acomodados y los comerciantes tienen sus familias fuera de las ciudades, en casas más ó menos cómodas,



según sus recursos; todo el día lo pasan en sus quehaceres en los poblados, y por la tarde se dirigen gozosos á su casa campestre, que les brinda paz y descanso, y en donde cuidan de sus jardines y respiran el aire puro del campo.

La mayor ambición de un caballero inglés consiste en poseer una propiedad rural propia; los que la han heredado de sus antepasados la conservan á todo trance, y los que se han enriquecido en el comercio del país y fuera de él, se apresuran á comprar una propiedad para imitar á los nobles y podérsela dejar después á su hijo mayor. Hasta el último tercio del siglo pasado, empezando por la reina Victoria, que tuvo muchos hijos, las familias inglesas de todos los rangos de la sociedad, eran numerosísimas, pero en los últimos veinticinco años esto ha cambiado, y ya rara vez los matrimonios se ven rodeados de crecida prole. Como allí todavía existe la costumbre de que el hijo mayor por fuerza tiene que heredar la propiedad territorial de su padre y llevar el título—si éste lo tiene,— los demás hijos, después de haber disfrutado lujo y comodidades de toda especie, á la muerte de su padre se encuentran sumidos en la pobreza si él no tenía dinero que dejar fuera de las fincas raíces. Estas leyes obligan á los segundones á buscar negocios lucrativos fuera de su isla natal. A primera vista esto parece injusto; sin embargo de allí proviene el adelanto y prosperidad de las Colonias inglesas! Los hijos de familias hidalgas pero pobres, abandonan las islas británicas y se lanzan á buscar fortuna, á trabajar en las Colonias, en donde se entregan al comercio, la agricultura y á oficios que en Inglaterra se



considerarían impropios y degradantes para que los ejerzan caballeros de alta alcurnia. (1)

Sin embargo, esta preocupación tiende á eliminarse, y ya nobles Lores y encumbradas damas tienen casas de comercio y modisterías propias. Aunque las hacen administrar por subalternos, muchos no ocultan de dónde proviene su riqueza.

Empero, si el comercio y la industria no son oficios bien vistos en la Gran Bretaña, la agricultura se considera negocio aristocrático, puesto que los hidalgos ingleses, como dijimos arriba, y aun los que no lo son, viven la mayor parte del año en el campo, salvo los tres meses, de Abril á Julio, que llaman *La Estación*, y que pasan en Londres, gozando de bailes, teatros y conciertos; allí presentan á las señoritas y se arreglan los matrimonios de éstas,

(1) Hé aquí lo que sobre este asunto publica un famoso escritor inglés (H. Rider Haggard):

“Dentro del gigante círculo del Imperio de la Gran Bretaña hay muchas tierras cuya fertilidad y sanidad llamarán con fuerza á los que quieren enriquecerse. Yo me atrevo á predicar á todas las clases de la sociedad que emigren. ¿Para qué vivir en un país en donde ya no caben, cuando hay otros tan amplios? ¿Por qué no ir á establecerse á una tierra de abundancia en donde se pueden criar los hijos sin temor de la miseria y en donde ésta no los hará degradarse y perderse?... En aquellos hogares que fundarán en ultramar, la vida no será artificial, y aunque civilizada, se acercará más á la Naturaleza. Allí, aunque sean de familia noble, sus hijos pueden trabajar sin que se crea que han perdido su rango en el mundo; allí sus hijas podrán casarse y ayudar á levantar el grande imperio de ultramar, en lugar de morir solteras y pobrísimas, pues en Inglaterra el matrimonio entre las clases elevadas de la sociedad es un lujo que no todos pueden alcanzar...”

(Véase *Longman Magazine*.—Sep. 1899, p. 432).

y los caballeros que pertenecen á los Parlamentos se ocupan asiduamente de política. Más adelante hablaremos de las *Elecciones*, uno de los rasgos más característicos de la vida de Inglaterra.

En el campo viven los caballeros hidalgos, quienes se constituyen en protectores y benefactores de los cam-



J. C. COLEMAN

ENGRAVED BY HENRY WOLF.

THE ROAD TO THE VILLAGE.

OWNED BY FREDERIC BONNER.

pesinos y aldeanos; con pocas excepciones todos se ocupan en mejorar la situación de los estancieros y arrendatarios, para quienes edifican casas adecuadas á sus necesidades, con su jardincillo al frente, su huerta y su dehesa, más ó menos grande, en donde pueden tener una ó dos vacas lecheras. Se conoce al buen hacendado por la manera como edifica los *cottages* de sus arrendatarios, á quie-



"THE ROAD TO THE FARM."

nes visitan las damas propietarias cuando hay enfermedades, y ellas mismas llevan remedios, vino generoso y bocados delicados á los convalecientes. Otro tanto hacen los párrocos de las parroquias rurales, los cuales conocen á todos sus feligreses. Las damas de las familias acomodadas organizan conciertos y diversiones públicas para que los pobres puedan entretenerse gratis, y ellas cantan, tocan instrumentos y representan. Los caballeros, entretanto, distribuyen semillas á sus arrendatarios; les proporcionan medicamentos para los animales que se les enferman, y pagan un veterinario para que cuide de los animales de ellos. Fundan su orgullo en mejorar la raza del ganado y en que los que ellos crían obtengan premios en las exhibiciones rurales que hay durante el verano y el otoño en las principales ciudades del Reino Unido. Además vigilan las escuelas y se ocupan en que se dé educación adecuada á los niños de sus arrendatarios y de las vecinas aldeas.

Con el objeto de que los hijos de los castellanos y caballeros propietarios aprendan el oficio de propietario rural, les dan educación especial.



“Estos niños — leemos en un libro escrito por un autor que ha pasado su vida estudiando las costumbres de Inglaterra (1), — estos niños concurren á las mejores escuelas y colegios que poseemos, y en los asuetos aprenden á montar á caballo, á manejar la escopeta, y tan pronto como son capaces de matar once conejos de doce que se

(1) English country life-by Keibel.



les presenten, y saltar en sus caballitos (*ponyes*) por encima de cualquier obstáculo, se les permite cazar perdices y llevar consigo perros de cacería. Durante este tiempo se relacionan con las gentes del pueblo, y con los hijos de éstos recorren los campos, visitan las estancias, y á los once ó doce años de edad ya saben manejarse de por sí y conocen personalmente á los campesinos. En las tardes





de verano aprenden á jugar *cricket* en el club de las vecinas aldeas y se familiarizan con los que concurren á ellos.

“De esta manera desde niños aprenden á distinguir á los buenos y á los malos labradores; conocen sus necesidades, su modo de pensar, las causas de su pobreza, y crecen simpatizando con ellos. Al llegar á su mayor edad y tomar el puesto que ocupaban sus padres, no ignoran los defectos ni tampoco las cualidades y las penas que causa la pobreza de los que dependen del dueño de tierras, con ese motivo se compadecen de ellos y procuran hacerles todo el bien posible. Además recuerdan con gratitud los servicios que los pobres les dispensaron en su infancia y esto los hace caritativos y benignos.”

En Inglaterra no se verá jamás que los niños traten á sus inferiores con despotismo y tiranía como solemos ver entre nosotros: ni los sirvientes y peones lo permitirían jamás, pues éstos tienen dignidad.





WESTMINSTER-ABBEY.

CHAMBRE DES LORDS

CHAMBRE DES COMMUNES

TERRASSE SUR LAQUELLE LES LORDS SE PLAISENT A OFFRIR LE THÉ A LEURS VISITEUSES

### COSTUMBRES Y CARÁCTER

#### III

A pesar de la vida patriarcal que hemos procurado describir y que llevan los ingleses propietarios, tan sana y aparentemente feliz, la voz de los radicales y anarquistas que ambicionan una revolución para apoderarse del bien ajeno, ha cundido de una manera alarmante entre las clases bajas y en la burguesía inferior, y esto amenaza el orden y la paz de la nación. Los propietarios, sin embargo, no se cruzan de brazos y dejan desatar la tempestad sin tratar de poner un dique á aquella constante amenaza, sino que se mezclan en las asambleas populares y trabajan de todas maneras para mejorar la educación del pueblo y llevarles la luz á sus mentes; porque las ideas sociales ó irreligiosas no son por cierto señal de elevada educación, sino de todo lo contrario, de ignorancia de las leyes naturales, de una semiciencia aprendida á medias, que despierta las pasiones; en lugar de llevar la claridad

al alma la entenebrece y sofoca. Los miembros de las clases elevadas de la sociedad procuran hacer oír su voz en los Parlamentos y trabajan asiduamente para que se den leyes provechosas y útiles á la nación, que protejan á los proletarios y con el tiempo les hagan comprender que los nobles y los ricos hacen todo lo posible para hacerles el bien y de esa manera impedir que estalle el temible anarquismo.

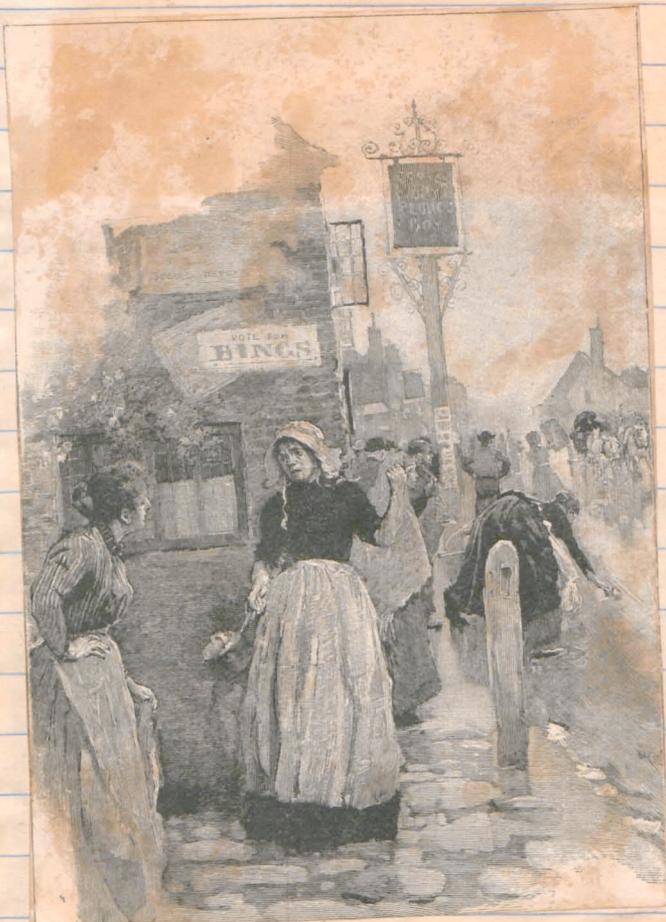
Por lo general los caballeros de alta alcurnia no aceptan ni aspiran á los puestos públicos por ambición de ho-



“GENTLEMEN, THE CANDIDATE WOULD BEG”

nores y riquezas— aunque naturalmente se presentan excepciones,— tanto más cuanto que en los Parlamentos los miembros no obtienen sueldo ninguno, sino que, al contrario, aquel puesto acarrea ingentes gastos, y solamente las personas pudientes pueden aspirar á ese puesto. Sin embargo, sucede que cuando se hace notar algún joven por sus talentos excepcionales, los distritos y los conciudada-

nos de él suelen correr con los gastos de la elección á la Cámara de los Comunes, con el objeto de que por este medio se oiga la voz de sus necesidades en el Parlamento y se procure atender á ellas.



Cuando hay una nueva elección de miembros para la Cámara de los Comunes el país entero toma parte en ella; desde el noble más encumbrado hasta el último labrador, desde las esposas de los Ministros de Estado y las grandes damas de la aristocracia, hasta las hijas de la burguesía y las matronas de aspecto más vulgar. Las señoras se ocu-



“THE LADIES IN THE WINDOWS OF THE INN”

pan tanto en esto, que con frecuencia se las ve en las asambleas públicas arengando á los electores y recomendando al candidato que patrocinan. En los muros de las ciudades, en el interior de los teatros y salones de concierto y hasta en las orillas de los caminos y en las cercas de las dehesas se ven carteles de colores escandalosos en que se lee en grandes letras: *Voten por Bings!* ó *Voten por Reading!* etc. etc. Las damas del gran mundo, los *dandys* y elegantes de moda abandonan los paseos públicos para lanzarse á las provincias y allí trabajar en favor de sus *favoritos candidatos*. Entretanto éstos no tienen un momento de reposo, ni tiempo para comer y dormir. Corren sin cesar en ferrocarril, en carruaje, en bicicleta, automóvil y hasta á pie por el distrito en que les han de elegir; discurren en privado; hablan en público; asisten á los clubs, dan y aceptan banquetes; visitan en sus casas á los tenderos y á los empleados de menor cuantía; adulan á los maestros de escuela; fraternizan con los artesanos en sus talleres y en sus familias; saludan á cuantos tienen un



voto que dar ó influencia con los que la tienen. La agitación es continua; se oyen sin cesar por calles y plazas, gritos, silbidos, gruñidos, con que regalan al candidato; levantan tablados para que desde allí se hable en favor ó en contra de los que se presentan á pedir el ansiado puesto. En fin, aquel espectáculo es uno de los más curiosos y extraños que puede contemplar el extranjero en la Gran Bretaña. Y no se crea que el agitado público se contenta con gritar y agraviar de palabra al candidato que no es de su gusto, sino que le tiran á él y á sus amigos, cáscaras, manzanas, huevos podridos, etc., hasta obligarles á retirarse del balcón, ventana ó tablado desde el cual quieren dirigirse al público. Cuando el candidato goza del favor de la población, le aplauden, le echan vivas y se vuelven locos de entusiasmo. No votan por él, eso sí, sino después de haberle oído hablar en público y haberse convencido de que sus opiniones les acomoda. "El ciudadano de la Gran Bretaña (dice un norteamericano que tuvo ocasión de presenciar una de estas elecciones), considera que su voto es

importantísimo, y no lo otorga sino después de averiguar cuáles son las exactas ideas del candidato que se presenta; qué ventajas obtendrá la población y cuáles son los proyectos que presentará en la Cámara de los Comunes. No se contenta, pues, con escuchar lo que dice, sino que le hace en público las preguntas que tiene á bien. El candidato tiene que dar cuenta de sus opiniones á cuantos le hagan preguntas, sin que éste pueda manifestar impaciencia, lo que se llama *heckling* (palabra intraducible)." (1)

Se necesita la frialdad y la paciencia de un anglosajón para contestar con imperturbable buen humor á cualquier quidam ignorante y pretencioso que tenga á bien interrogarle! La campaña electoral suele durar hasta dos semanas, durante las cuales es constante la agitación, pero cuando llega el día en que los electores deben consignar su voto en las urnas todo cambia como por encanto; el



(1) *Oure english cousins*, by Richard Harding Davis.

orden y la tranquilidad reinan en las poblaciones; los ciudadanos gozan entera libertad y las votaciones se hacen con equidad, sin trampas de ninguna clase. El jurado que tiene á su cargo este trabajo jura guardar el secreto hasta que se hayan contado los votos, y entonces anuncian cuál candidato ha obtenido la mayoría á la multitud que aguarda en silencio esta declaración. Entonces el entusiasmo llega á su colmo; elogian al elegido con loco frenesí; le levantan en brazos, le aclaman, le piden que hable desde algún lugar de donde todos puedan oírle, le ofrecen banquetes y por último le llevan en triunfo hasta su casa. Por toda la vía se extienden sus amigos y partidarios con banderolas en mano, y salen de sus casas hombres, mujeres y niños, los cuales se inclinan sonrientes á su paso, pues todos ellos piensan que han tenido parte en la elección.

Como un cuadro de costumbres interesantísimo que-remos traducir el fin del capítulo sobre elecciones que trae el libro arriba citado de Harding Davis.

Elegido el caballero en cuya casa el autor del libro había recibido la hospitalidad, y después de presenciar los regocijos del caso en la ciudad de B., el diputado con su huésped se puso en camino en un carruaje tirado por cuatro caballos, y acompañado por gran número de amigos en catorce coches más, todos ellos ebrios de alegría, y, aunque no lo dice, *probablemente* también de licor.

“Habían teleografiado á las poblaciones, añade, que se hallan en el camino, avisando el triunfo de nuestro candidato, de manera que los habitantes de cada aldea salían de sus casas á aclamarle á su paso, y en la vía veíamos á los que vivían en el campo vitoreando y bailando de alegría. De las vecinas casas de campo salían en tropel los numerosos sirvientes con banderolas en las manos, las cuales dejaban sobre las cercas del camino real. Nosotros, sienta decirlo, nos llevamos en señal de triunfo todas las banderolas que habían puesto en el camino, y con ellas

adornamos los catorce carruajes de la comitiva, así como á los jinetes que se nos habían reunido en el camino.

“Aquella fue una marcha triunfal que duró las veinte



"THEY RAISED THE CANDIDATE UP"

millas que nos separaban del castillo del candidato. Yo había elegido mi puesto al lado del cochero que conducía el landó del agraciado parlamentario. El sirviente estaba lleno de alborozo y sin cesar murmuraba: 'Ah! qué dicha! Jamás había visto un triunfo tan completo!' Y azotaba los caballos sin misericordia.



"WERE GATHERED TO WELCOME US"

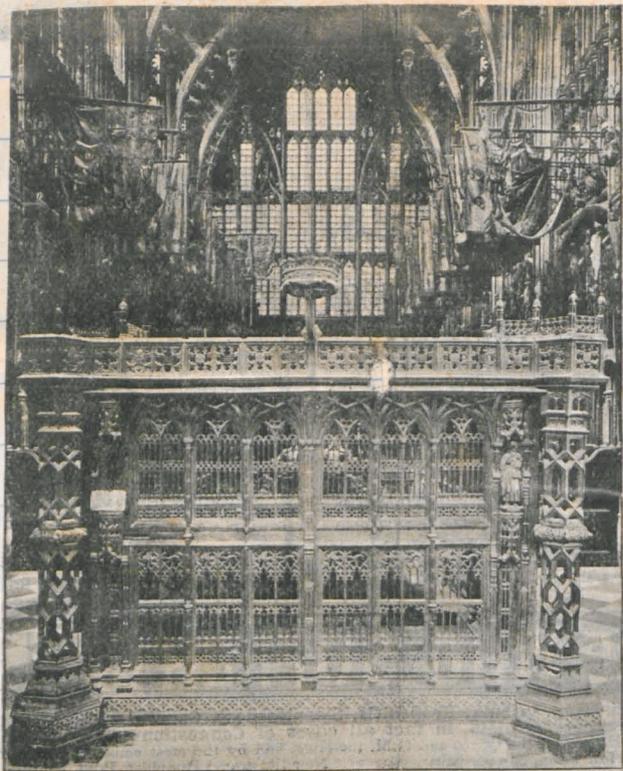
"Cuando nos acercamos al castillo los agregados á la comitiva se quedaron atrás. La avenida que atraviesa el parque tiene una milla de largo; el conserje había abierto la reja de par en par. Allí resolvimos guardar respetuoso silencio, á tal punto que ni siquiera turbamos la paz de los venados que pacían por el parque; éstos nos miraban con curiosidad pero sin alarma. Eran las seis de la tarde; el sol se ocultaba detrás de los grandes olmos de la avenida, el crepúsculo reinaba en las partes bajas del jardín, pero una arrebolada luz iluminaba de lleno el edificio que teníamos al frente, delante del cual se habían reunido los arrendatarios del castillo para recibir al caballero, así como los sirvientes y los amigos que vivían en la vecindad. La portada principal del castillo no se abría sino en casos solemnes y especialísimos como aquel. Delante de ésta y sobre el escalón superior se hallaba la esposa del elegido; era alta y elegante; llevaba sobre los hombros una capa color de grana, color que en Inglaterra distingue á los miembros del



partido conservador, siendo el azul el de los radicales. El nuevo miembro era conservador. Este se arrojó del carruaje y fue á besar la mano de su señora; pero ella no lo miró, sino que fijó los ojos en los confines del parque. Como era una gran dama, sin duda, pensó, hubiera sido impropio manifestar sus emociones como una mujer cualquiera! El vencedor en las lides eleccionarias dirigió entonces un discursito á todos sus amigos y dependientes que



le habían conocido desde su niñez, y me dijeron, pues yo no lo oí, porque había entrado ya á la galería del castillo, y contemplaba los retratos de los antepasados del orador..... Entretanto, iluminados por los últimos rayos del sol y á la sombra de los antiguos muros, la multitud entusiasmada vitoreaba al señor de la casa, rodeando á la hermosa mujer, que continuaba inmóvil en medio de todos, envuelta en su capa color de grana.....”



Reproduced from one of the Views of Westminster Abbey.

#### IV

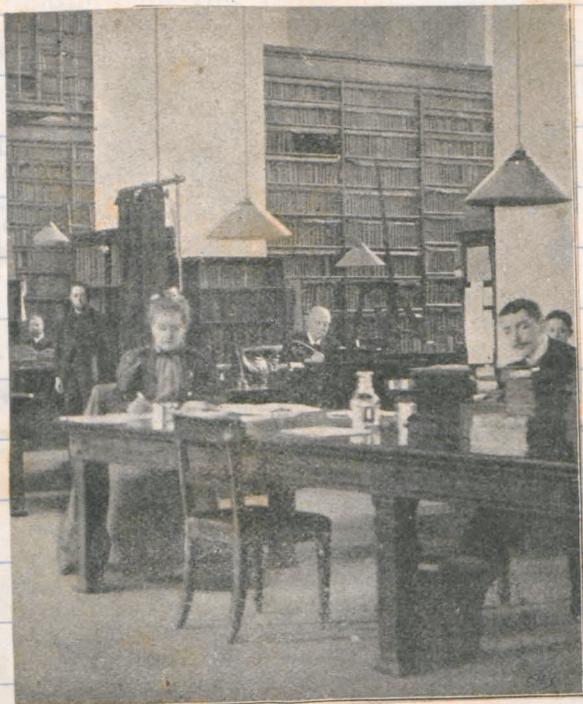
Los miembros de la Cámara de los Comunes tienen tanto trabajo, que pocos pueden resistir largo tiempo aquellas faenas incesantes. Las sesiones se prolongan hasta las altas horas de la noche y á veces les amanece en los debates. Una vez que se han dejado aprisionar dentro del engranaje de las ruedas de la gran máquina política, no pueden separarse de ella y su vida es peor que la de los condenados á presidio. La muerte prematura de los jefes de partido en el Parlamento — decía el *Lancet* (1) de Octubre de 1891 — probará al público que pocos hombres disponen de suficientes fuerzas para sufrir incólumes los trabajos parlamentarios . . . . El ejemplo de la longevidad de Mr. Gladstone es un caso excepcional y engañoso. Como los ingleses todo lo hacen concienzudamente, ellos no solamente trabajan, escriben, peroran sin cesar, día y noche, durante las sesiones, sino que piensan que ningún hom-



VIEW OF THE HOUSE OF COMMONS IN 1795.

bre público debe ni puede ignorar cuanto de él diga el público, así es que se imponen la tarea de recorrer los periódicos importantes que se ocupan de ellos, y leen todas las cartas que les dirigen. Escuchan impávidos las críticas que les hacen por la prensa y privadamente, porque su único móvil es contentar al público y reformar sus actos si por ventura se persuaden de que han errado. Debe ser para ellos muy satisfactorio el ver que sus mujeres toman una gran parte en sus labores parlamentarias; ellas leen los

(1) Famoso periódico médico de Londres.



periódicos para poderles indicar el artículo que les interesa; ellas consultan en historias y obras de política y filosofía las citas que necesitan para sus discursos; las fechas en que se han dado tales ó cuáles leyes y los debates que han tenido lugar en otros años acerca del asunto que les preocupa. Además de un secretario privado que cada uno de estos diputados tiene para contestar las cartas según sus instrucciones, recopiar sus discursos y corregir las pruebas de éstos, á su mujer encarga de los asuntos más secretos, y con ella discute y consulta acerca de muchos asuntos importantes y reservados.

“La mayor parte de los caballeros propietarios de castillos y fincas campestres — dice un autor que ya hemos citado (1) — van á la Cámara de los Comunes y aceptan el oneroso puesto en el Parlamento, porque consideran que aquello es un deber de su posición social, aunque por cierto no lo hacen por su gusto ni porque de ello deriven



ventaja ninguna personal. Nó; ellos creen que aquella es una obligación como es la de cuidar de los arrendatarios que viven bajo su dependencia, la de asistir al gobierno local de su distrito y por consiguiente también hacer parte del Parlamento, en donde es su deber vigilar los actos del Gobierno en bien de toda la nación."

Uno de los caracteres más curiosos de los anglosajones es el disgusto que experimentan muchos de ellos cuando se les habla de sus títulos, de sus méritos y de los honores que se les han hecho, y sobre todo evitan á todo trance hablar de sí mismos, de su familia y de lo que ésta vale ó merecé. Esto debe consistir en gran parte de la educación que reciben en las Universidades de Oxford y de Cambridge, porque allí es mal visto que los jóvenes se jacten de sus riquezas y de sus pergaminos.

"Visitaba yo, dice el autor de *Nuestros primos ingleses*, á un estudiante de Oxford, en su cuarto, cuando me

(1) *English country life*, by T. E. Kebbel. 1891.



llamó la atención un gran retrato al óleo de uno de los Ministros de la corona, uno de los hombres más importantes de Inglaterra, en cuyo vestido de corte ostentaba gran número de decoraciones.



—¿Por qué, le dije, tiene usted aquí este gran cuadro de lord N. ? ¿Tanto así lo admira usted?

—Es mi padre, contestó el joven; por supuesto, añadió sonrojándose, que él no se viste así sino en ocasiones solemnes. Aquí tiene usted otro retrato mejor.

“Y me mostró la efigie de su padre, vestido como para cacería. Esto me probó cuán reservados son los ingleses acerca de cosas de las cuales un joven americano hubiera hecho grandísimo alarde. Yo le había conocido durante unas dos semanas, pero como no llevaba sino el apellido de su familia y no el título, no se me ocurrió que pudiera ser pariente de lord N.”





THE OLD HOUSES OF PARLIAMENT, 1821.

Curiosísimas son por cierto algunas de las reglas y costumbres que se observan en el recinto del Alto y Bajo Parlamento inglés, costumbres antiquísimas, instituídas desde que existe aquella nación, y que los ingleses conservan con un respeto tradicional que no olvidan jamás, aunque parezcan muchas veces extrañas y absurdas.

La primera vez que el nuevo diputado entra en la Cámara de los Comunes tiene que acercarse á la mesa en donde ha de presentar sus credenciales, acompañado de dos antiguos miembros que le deben servir de padrinos. Cuando en 1875 se presentó solo el Dr. Kenealy — muy impopular en Inglaterra con motivo de haber defendido un pleito injusto — á tomar posesión de su puesto, el Presidente (*Speaker*) le dijo que no podía hacerlo sin que lo acompañasen dos miembros de la Cámara. Ninguno quiso prestarle este servicio, y el doctor tuvo que

retirarse del recinto. Días después, gracias á una moción hecha por Disraeli, se obtuvo que se le permitiese entrar en la Cámara sin aquella formalidad.



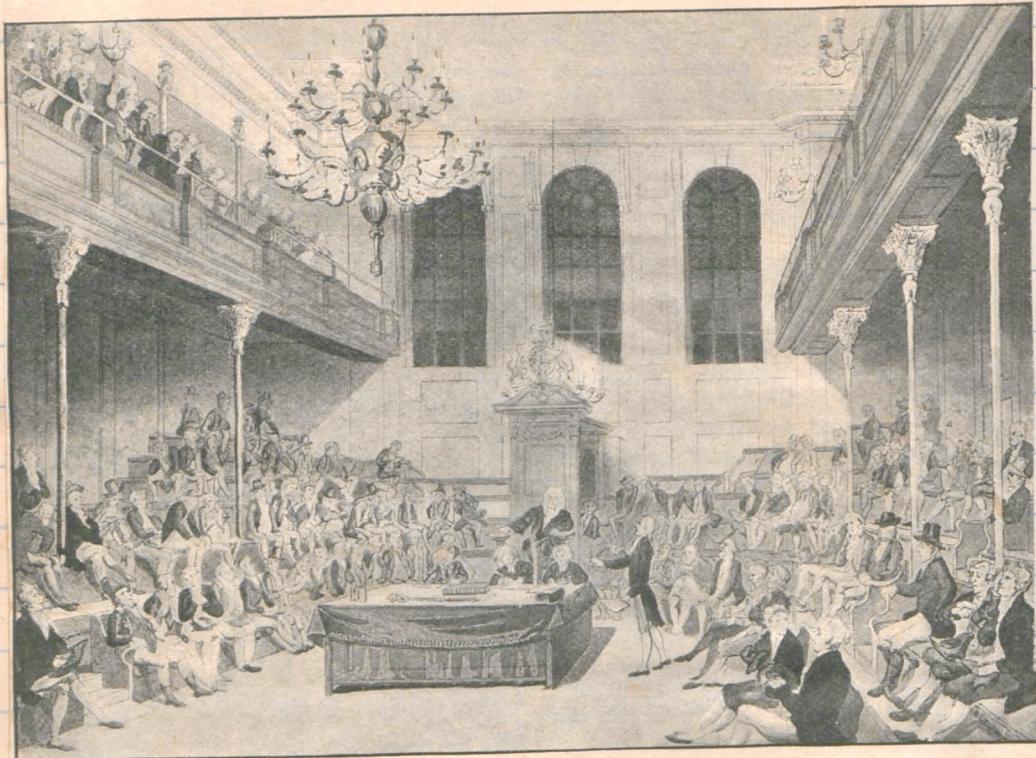
THE EARL OF BEACONSFIELD.

IV

LAS CÁMARAS DE LOS LORES Y DE LOS COMUNES

El *Speaker* ó Presidente de la Cámara Baja en Inglaterra goza de una posición excepcional. Tiene su alojamiento en un magnífico palacio, con un sueldo que no baja de 5,000 libras esterlinas á más de otros privilegios. Es preciso que el *Speaker* tenga buena presencia, sea hombre excepcionalmente inteligente, que conozca á fondo las costumbres y tradiciones del Parlamento, muchísimo tacto, prudencia y popularidad entre los miembros del partido que está en el Gobierno. Sin embargo, al *Speaker* le es prohibido mezclarse en las discusiones de la Cámara! Cuando se retira del puesto, le obsequian con un título y asiento en la Cámara de los Lores.

Consérvanse todavía, con ligerísimas modificaciones, los reglamentos instituidos desde la fundación de la Cámara Baja ó de los Comunes, á mediados del siglo XIII. Uno de estos es la costumbre absurda de que todos los miembros deben usar los sombreros puestos mientras que



THE OLD HOUSE OF COMMONS (UP TO 1840).

están sentados, pero no bien se ponen de pie ó pasan de una parte á otra, llevan el sombrero en la mano. Cuando no cumplen con este reglamento les gritan todos con estrépito, sombrero! sombrero! como si cometieran alguna gravísima falta.

Es prohibido que ninguna persona que no pertenezca á la Cámara se encuentre en el recinto de ella cuando se va á votar; y tan estricto es este reglamento que una vez en que se hallaba en el interior el entonces Príncipe de Ga-

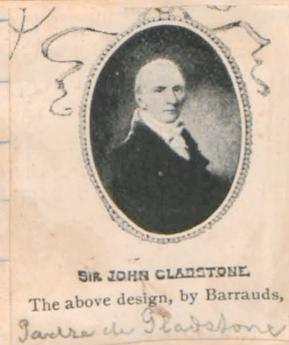
les, hoy Rey de Inglaterra, tuvo que salirse con las demás personas que estaban en la barra, mientras que se votaba.

El magnífico edificio que contiene las Cámaras del palacio de Westminster es relativamente nuevo, puesto que lo edificaron después de un incendio que lo destruyó por

completo en 1833, y sin embargo se hizo tan estrecho que no caben todos juntos en él los 670 miembros que componen el Parlamento Bajo. Con este motivo los miembros que quieren asistir á algún debate particularmente interesante, combaten á puñetazos y á golpes para poder conseguir un asiento, quedando la mitad de pie agrupados á las puertas. "Cuando Mr. Gladstone en 1892 (leemos en el número 586 del *Chambers Magazine* de 1895) iba á presentar la famosa ley del *Home Rule*, desde muy temprano por la mañana de ese día los diputados empezaron á agruparse á la puerta del recinto de la Cámara, y como ésta no se abriera sino ya tarde, á las siete de la noche, los que allí aguardaban durante horas enteras se arrojaron adentro con tanta furia que varios miembros cayeron al suelo, allí los pisotearon y algunos salieron maltratados gravemente." (1)

Los Ministros del Rey tienen por obligación que comer en el Restaurante del edificio mismo de la Cámara, y rehusar toda invitación que se les haga en la ciudad, porque como las sesiones empiezan lo más temprano, á las cuatro ó cinco de la tarde, y se concluyen en altas horas de la noche, ellos tienen el deber de estar á mano para contestar á toda interpelación que les hagan los diputados.

Los Ministros y altos empleados del Gobierno Ejecutivo reciben un crecido estipendio, pero como los gastos que tienen que hacer son enormes, por lo general salen de su destino relativamente pobres; así sucedió á Gladstone y á Beaconsfield. Estos no reciben jamás regalos, salvo del Rey ó de la Nación, y es mal visto que cualquier miembro de su familia admita destino del Gobierno.



Madre de Gladstone



W. Gladstone

Durante el último Ministerio de Mr. Gladstone, nombró Secretario *privado* á su hijo, pero con la expresa condición de que serviría el empleo gratis.

La Cámara de los Lores está compuesta de nobles titulados y de altos miembros del clero protestante; obispos y arzobispos.

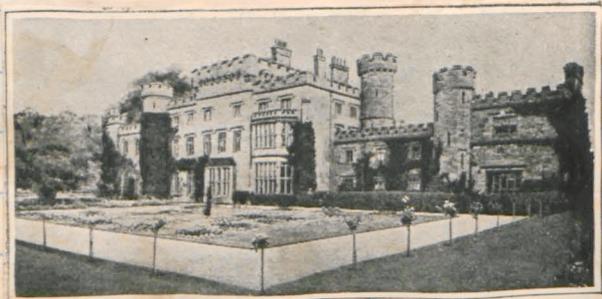
Instituído desde el nacimiento de la monarquía inglesa, el Alto Parlamento (que responde á nuestro Senado) conserva aún intactos los reglamentos promulgados en la época de Guillerino el Conquistador. Le preside el Gran Canciller (*Lord Chancellor*), el cual tiene sobre su asiento un cojín de lana, en lugar de seda ó terciopelo, como los demás miembros. El Canciller, así como los demás miembros de la Cámara Alta ostentan en ocasiones solemnes un vestido especial con manto de paño escarlata forrado en armiño.

El Gran Canciller ó Guardasellos real no debe alejarse jamás de la Gran Bretaña, porque como tiene que llevar consigo el gran sello de Inglaterra, no puede salir nunca del país. El sello, que es de plata, se hace nuevo cada vez que sube al trono un nuevo Rey, y el anterior se deposita en la Torre de Londres. Desde que existe el sello real la colección está casi completa en la Torre, faltando en tantos siglos solamente dos, el que Jaime II arrojó al fondo del Támesis al tiempo de huir de Inglaterra, y el que robaron ciertos ladrones en la habitación del Gran Canciller, en la época de Jorge III, y que jamás se pudo encontrar.

Ha habido siempre rivalidades entre los dos Parla-



BORN IN LIVERPOOL  
1809



HAWARDEN CASTLE



No. 1.

mentos y aun se ha tratado de suprimir el de los Nobles, por considerarlo inútil. La Cámara de los Comunes exige que los miembros que van de la de los Lores usen ceremonias muy chistosas, ceremonias que aquí nos parecerían burlescas en extremo. Por ejemplo, cuando por cualquier motivo se necesita que las dos Cámaras asistan uni-

das á alguna solemnidad, el Ujier principal (llamado de la *Vara Negra*) se dirige vestido á la antigua á la Cámara Baja, cuyas puertas encuentra cerradas. Entonces el mensajero (que va rodeado de los empleados inferiores) golpea tres veces con su vara en la puerta del recinto de la Cámara. Abrenlas desde adentro; entra el Ujier, y en francés normando anuncia su misión, y en seguida sale del recinto, caminando sin volver la espalda al sillón del Presidente, el cual baja de él y con los maceros lo acompaña hasta la Cámara Alta. Cuando se falta á alguna de estas ceremonias es grande la cólera de la Cámara Baja porque se considera insultada. Sucedió una vez que creyendo el Speaker de la Cámara de los Comunes que no había sido recibido en la otra con la suficiente atención, juró vengarse y lo hizo arrojando con desprecio un documento que le mandaron de la de los Nobles, documento que fue pisoteado por algunos diputados y lanzado á puntapiés fuera del recinto. Cuando se reúnen las dos Cámaras en el recinto de la de los Nobles, éstos conservan sus sombreros puestos, pero á la de los Comunes se les exige que se descubran.

Aficionadísimas son las damas á asistir á los debates en una y otra Cámara. Ultimamente se les ha concedido una pequeña tribuna en el Bajo Parlamento, pues antes tenían que hacerlo subrepticamente y á escondidas, hasta el punto de que en el siglo antepasado algunas curiosas llegaron á vestirse de hombre para poder entrar á la barra.

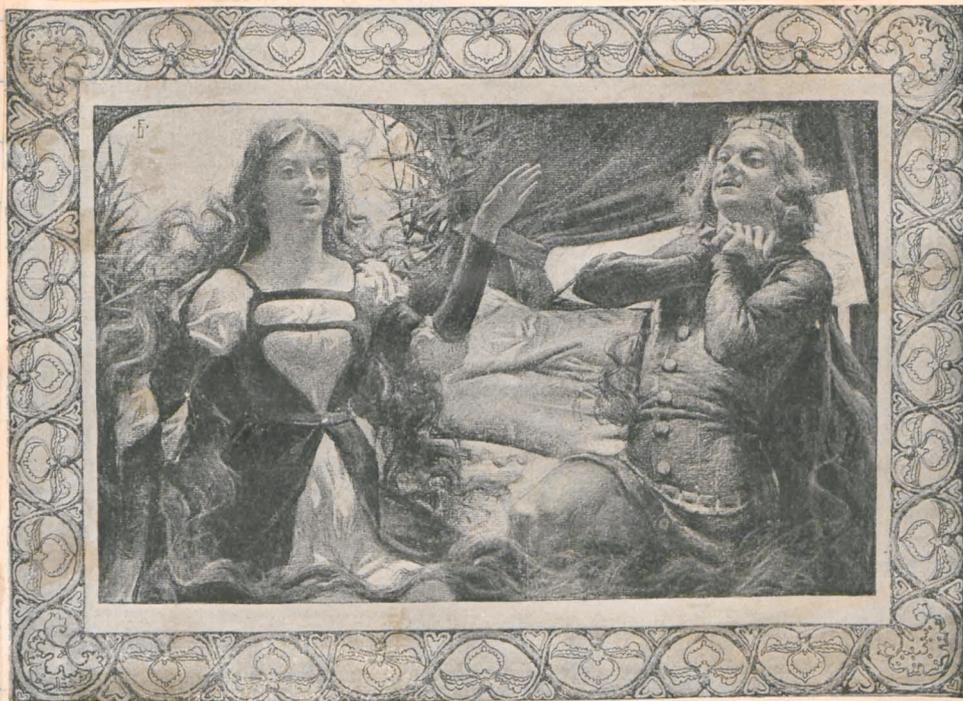
En la Cámara Alta de tiempo inmemorial existe una tribuna para el uso particular de las esposas y las hijas de los nobles; pero si alguna de ellas se casa con uno que no tiene título, pierde el ansiado privilegio.



Sucedió hace más de cien años que en una ocasión en que debería tener lugar una sesión interesante en la Cámara de los Lores, las señoras que tomaron asiento para asistir á ella hicieron tanto ruido que el Gran Canci-

ller las mandó expulsar del recinto, á pesar de las protestas de todas ellas, hasta el punto de que fue preciso sacar por fuerza á una Duquesa que se resistía. Al fin salieron todas, pero se quedaron en el pasillo exterior dando golpes en la puerta. Los Lores no quisieron abrirles, á pesar del alboroto, pero tuvieron que suspender la sesión porque no se oían los unos á los otros. Supiéronlo las expulsadas, y resolvieron usar de un ardid para engañar á los Lores: pasaron la voz de que se callaran todas, de manera que creyesen los de adentro que se habían ido, y mandaron abrir las puertas. Quién dijo tál! No bien vieron la entrada libre cuando las damas se lanzaron al vedado recinto, tomaron asiento en la tribuna y se quedaron allí muy frescas. Considerándose dueñas del campo resolvieron permanecer en el sitio hasta el fin de la sesión. Los Lores se declararon aquel día vencidos en toda la línea, pero con intención de vengarse.

El más indignado era el gran Canciller, que juró que las mujeres no se habían de burlar de él; juraron también las Duquesas que ellas no eran hembras que se dejasen supeditar por ningún hombre. Para despistar á las nobles damas los Lores se reunieron al día siguiente á las nueve de la mañana, en lugar de hacerlo por la tarde, pero ellas lo supieron y se presentaron á tomar asiento en su tribuna. Encontraron la puerta cerrada; pero eso no las amilanó, pues resolvieron hacer un ruido infernal para impedir que pudiesen hablar en el recinto vedado. El alboroto duró ocho horas, al cabo de las cuales los Lores se declararon esta vez completamente vencidos, y á las cinco de la tarde se abrieron las puertas y ellas entraron riendo á carcajadas, hablando sin cesar, aplaudiendo unas veces y reprobando en alta voz otras, y no abandonaron el campo

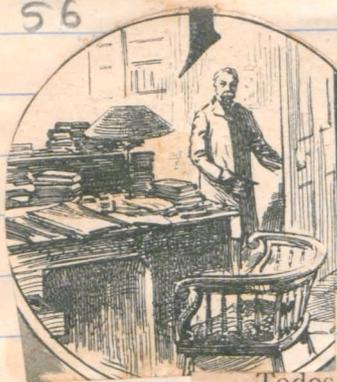


hasta que se levantó la sesión á las once de la noche.

Desde aquella época los miembros de la Cámara Alta han tenido paciencia con sus caras mitades, y no se han

opuesto á su realísima voluntad. Es cierto también que las señoras aristócratas modernas no infringirían ya como sus abuelas las leyes de la buena educación.

Los miembros de la Cámara Alta son vitalicios, y no es preciso elegirlos; ellos heredan el puesto junto con su título de nobleza, y asisten á las sesiones ó se retiran á sus propiedades y castillos cuando lo tienen por conveniente; no así los miembros de la Cámara de los Comunes; éstos no pueden abandonar los deberes que se les han impuesto, sino cuando se han vuelto locos, se han arruinado, tienen alguna enfermedad gravísima ó aceptan algún empleo de la Corona.

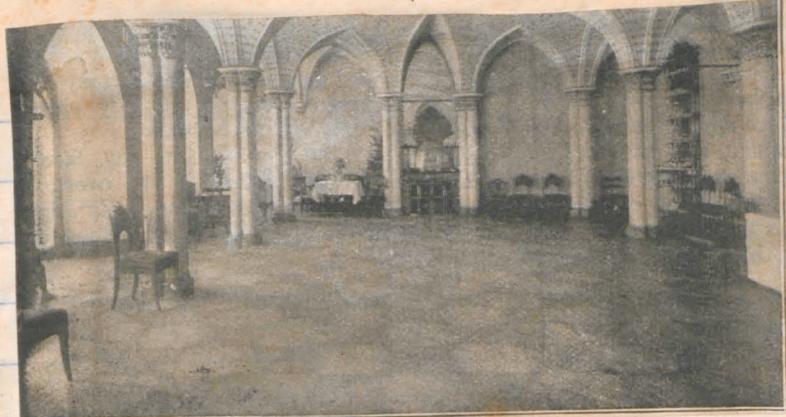


M.P

Todos llegan á tomar posesión de su destino con la ilusión de poder hacer pasar alguna ley en la cual fundan su reputación y su orgullo, pero como hay tal cúmulo de proyectos presentados por los Ministros, á veces pasan años antes de que puedan presentar los suyos. "Hace cincuenta años, dijo hace poco un anciano miembro de la Cámara de los Comunes, hace cincuenta años que introduje un proyecto de ley en favor de los que tantas veces me han elegido con ese objeto, y aún no he logrado que pase á la orden del día!"

Es cierto que si por lo general cada inglés privadamente es un hombre digno de la mayor estimación por su amor al bien de sus propios conciudadanos, su honradez y su patriotismo, nada puede haber en el mundo más hipócrita, más disimulado, más engañoso, más cruel con sus enemigos que el Gobierno, la diplomacia de la Gran Bretaña. Las intrigas de que hace uso, las bombas morales que prepara en el mundo para lograr su objeto — es decir, la extensión de su poderío, el progreso de sus asuntos comerciales, — son realmente extraordinarios. Por medio de sus agentes diplomáticos y consulares prepara revoluciones, tiende trampas, y sin impacientarse espera que sus enemigos caigan tarde ó temprano en el lugar

que necesita para menguar la importancia de los que le hacen estorbo. En la sombra prepara sus planes de manera que el día menos pensado estallan los acontecimientos que le convienen para llevar á cabo su engrandecimiento.

55  
57

V

### V

#### LAS UNIVERSIDADES Y LA RELIGIÓN EN INGLATERRA

Las famosas Universidades de Cambridge y de Oxford son diferentes de todas en el mundo por sus Constituciones y las leyes que las rigen.

Oxford, desde su fundación, principio que se pierde en la noche de los tiempos,—pues unos cronistas dicen que se fundó en el siglo VIII, y otros en el siglo XII ó XIII—Oxford fue desde su primera época la cuna de grandes santos, eminentes sabios y famosos políticos. Antes de la reforma la frecuentaban más de tres mil estudiantes, muchos de éstos extranjeros, que iban á estudiar teología, filosofía y ciencias desde Italia, España, Alemania y Francia. Desde que Santa Fredeswide con doce compañeras vírgenes fundaron allí la primera escuela católica hasta nuestros días, Oxford ha visto vagar por sus numerosos edificios,—fundados en la época del catolicismo,—multitud de jóvenes que han sido después los hombres que iluminaron con sus luces todas las carreras públicas de la Gran Bretaña.

En aquella libérrima Universidad que se compone de grandísimo número de edificios independientes y desparramados por la ciudad de Oxford y sus contornos, los jóvenes estudian á sus anchas si quieren, ó se ocupan solamente en ejercicios atléticos ó en divertirse y pasar el tiempo sin hacer cosa de provecho. Tienen un gobierno especial, cuyos reglamentos no han cambiado desde la Edad Media, y visten un uniforme particular, según su clase ó categoría. A pesar de la independéncia de que



DOING A BIT OF READING.

gozan tienen que presentarse en ciertos tiempos del año á que les examinen en las ciencias que han estudiado y obtienen un título llamado *Bachelor of Arts* (Bachiller), si lo merecen realmente. Cuando su ciencia es mayor pasan exámenes en los cuales obtienen el título de Doctores en Leyes, Teología y Medicina, y entonces entran á hacer



parte del Gobierno de la Universidad durante el tiempo que permanezcan en ella.

La Universidad de Cambridge tiene también su historia enteramente legendaria, y las antiguas crónicas dicen que fue fundada por un príncipe español, 300 años antes de Jesucristo, cuyo nombre era *Cantaber*, que había pasado á Inglaterra antes de que los romanos invadiesen la Península; pero la verdad es que este plantel de enseñanza no fue reconocido como tál, sino durante el reinado de Enrique III en 1217. Sus instituciones y leyes son muy parecidas á las de Oxford, y en la Gran Bretaña se considera que ningún joven de la alta sociedad y de la burguesía acomodada ha completado su educación si no ha pasado algunos años en una de aquellas famosas Universidades, aunque salga de ellas sin haber obtenido el Bachillerato.

Es cierto que hay en la Gran Bretaña seis Universidades más en donde se obtienen las mismas enseñanzas y los mismos grados, pero se considera muy *chic* y aristocrático haber estudiado en Cambridge ó en Oxford, porque allí van los hijos del Rey, los Príncipes reales, los Duques y demás ingleses de alta alcurnia. Estas dos Uni-



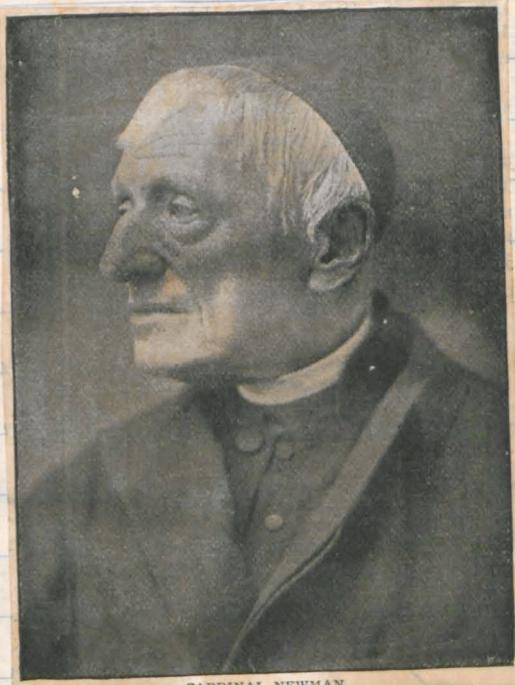
RUNNING WITH THE BOATS.

versidades aristocráticas son rivales, no tanto en cuanto á estudios, sino en los juegos atléticos, como carreras y apuestas en botes por el río Támesis. En esto fundan su orgullo y se despueblan las ciudades para ir á asistir á ellas. Cada estudiante tiene un bote propio en el cual se ejercita remando muchas horas cada día. En estos botes llevan á pasear á sus novias, las cuales van con sus madres ú otra persona de respeto á visitarlos en Oxford, y con ellos pasean, comen en los restaurantes y, sobre todo, navegan en el río horas tras de horas sin cansarse jamás ni fastidiarse nunca de aquellos ejercicios.



Ahora algunos años los estudiantes de Oxford se entusiasmaron particularmente en estudios religiosos, y muchos de los que allí se preparaban para hacerse pastores protestantes, se convirtieron al catolicismo; entre otros, los que después fueron lumbreras de la Iglesia católica, como el Ilustrísimo Manning, el doctor Newman, el Padre Faber, etc. etc.

Hay pocos nobles católicos en la Gran Bretaña hoy día, pero éstos, decía el Ilustrísimo Señor Manning, son la flor y nata de los caballeros; su celo y su piedad no dejan nada que desear, y las conversiones en las altas capas de la sociedad inglesa son frecuentes; no así entre la bur-



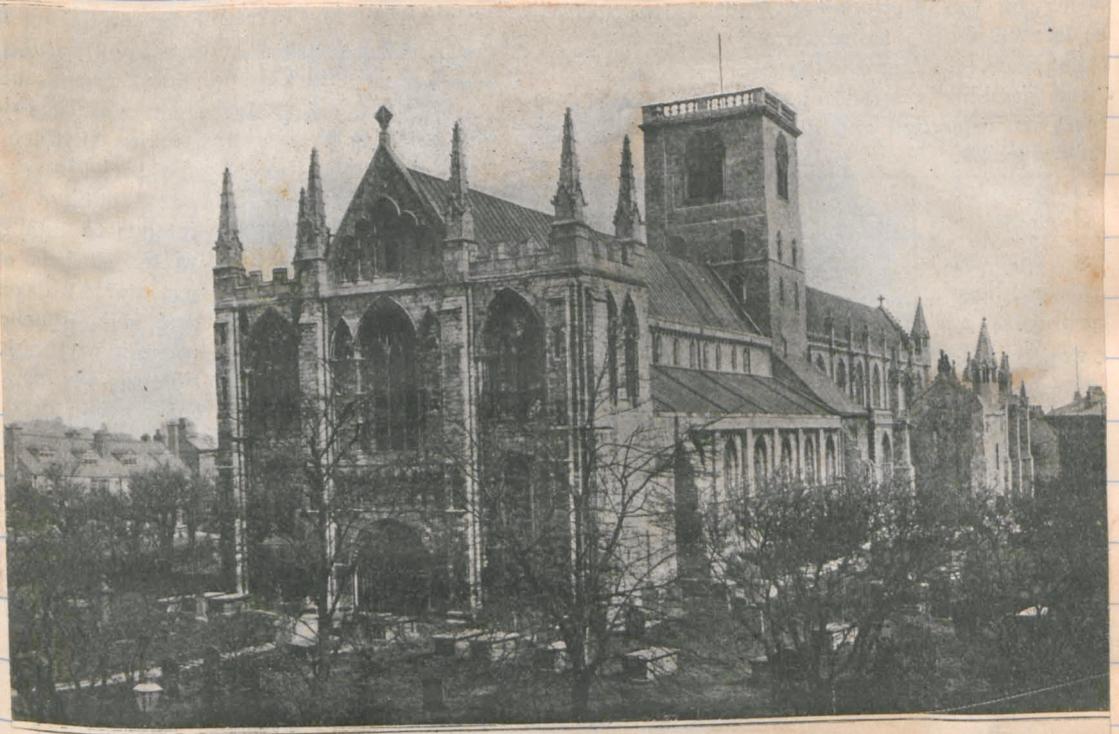
CARDINAL NEWMAN.

guesía ó clase media, entre la cual hay menos conversiones, pero sí muchas entre el pueblo bajo.

El *espíritu religioso*, decía Montalembert (en la obra que citámos en el primer capítulo de estos estudios), es particular característico del pueblo inglés. Este es, añade, intolerante y al mismo tiempo *piadoso*.

Así es la verdad, pero es curioso que siendo intolerante con sus compatriotas, á quienes no perdona ninguna falta contra las tradiciones ó costumbres, es tolerante con los extranjeros, sea porque mira con desdén las ideas de aquellos á quienes considera sus inferiores, ó porque le son indiferentes las opiniones de los que considera incapaces de igualarse á él. Para el anglosajón, el que no piensa como él, es inferior é ignorante y por ende despreciable.

El inglés es intolerante con sus compatriotas, decimos, y la prueba es que le vemos tan rígido en su propio país, en donde obedece los preceptos tradicionales estrictamente, y critica con dureza á sus conciudadanos si no



los cumplen, pero á los extranjeros permiten completa libertad de opiniones y de acción. Para el inglés, la tradición es su ley, su norma, su vida, y si entre los protestantes — en Inglaterra — las observan estrictamente, con pocas excepciones, no es porque las crean perfectas y que por ese medio salvan su alma; no, su religiosidad por lo general es aparente, y la prueba es que le vemos en todas partes fuera de la Gran Bretaña, en los países católicos sobre todo, que no practican su religión casi nunca, ó la descuidan; dejan de ir á su templo y frecuentan diversiones los domingos de una manera que en su propio país considerarían escandalosa. Una de las pocas prácticas religiosas que han quedado en Inglaterra de la época del catolicismo, es la observancia del reposo del domingo, práctica que no les viene del protestantismo como lo piensan muchos, sino de los usos y prácticas de la época



BEDE'S CHURCH, JARROW-ON-TYNE.

*Photo by Fry, Tynemouth.*

anterior al protestantismo. Antes del reinado de Enrique VIII y de Isabel se caracterizaba la nación inglesa por su cristianismo y piedad, y porque guardaba el precepto del reposo del domingo con extrema puntualidad. Esto se ha indagado últimamente en antiguos documentos y crónicas historiales de aquellos tiempos.

Hasta ahora treinta ó cuarenta años los Pastores protestantes vivían tranquilamente en sus parroquias y curatos con sus familias, más como filántropos y benefactores que como Ministros del Altísimo; se ocupaban del bienestar físico de sus feligreses, y poco ó nada se cuidaban en salvar sus almas. Vivían tranquilos, con grandes comodidades, leyendo los clásicos latinos, más bien que los Padres de la Iglesia; conocían la literatura de su patria á fondo, pero no los corazones de los que les rodeaban; pescaban en los vecinos arroyos; asistían á cacerías con los dueños de tierras; viajaban con frecuencia en el vecino continente con sus mujeres y familias, y cuando deseaban conseguir mayores recursos se compro-



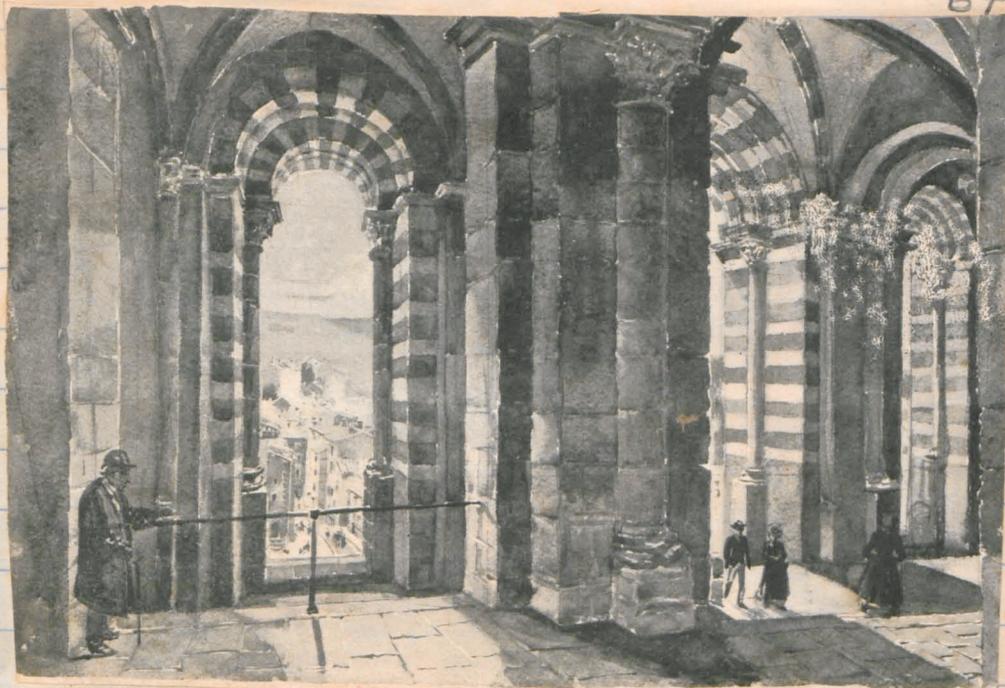
metían á servir de tutores á jóvenes que recibían en sus casas no para enseñarles religión sino griego y latín y los clásicos de aquellas naciones. Algunos, es cierto que se ocupaban de teología, pero no se tomaban el trabajo de estudiarla en las obras de los primeros Doctores cristianos, sino en los fanáticos autores protestantes que escribieron desde el fin del siglo XVI para acá. Pero esta vida pacífica y sin cuidados ha cambiado en mucho desde que en la Universidad de Oxford resolvieron los estudiantes de teología buscar concienzudamente la raíz del Cristianismo en las obras de los primeros Padres y en esas fuentes legítimas descubrieron las verdades del Cristianismo. Entonces fue cuando tuvo lugar gran número de conversiones al catolicismo y esto despertó á los Pastores de sus ensueños clásicos, bucólicos y pastoriles, y de entonces acá se ha notado un cambio en ellos; como les fue preciso defenderse de los ataques que les hacían por llevar una vida tan poco espiritual, procuraron algunos pensar también en las almas y no solamente en los cuerpos de sus feligreses.

La fundación y el progreso del Cristianismo, ó más bien del catolicismo en Inglaterra, es asunto poco conocido y jamás estudiado entre nosotros; sin embargo cuán interesante es y cómo se pueden sacar de ello utilísimas



paña y Sud América, han procurado pasar de prisa por aquellos episodios interesantísimos que caracterizan la primera edad del Catolicismo en Inglaterra. Algunas personas, sin embargo, han leído en el original ó traducido la obra monumental de Montalembert (que tantas veces hemos citado en el curso de estos estudios), pero esa obra extensa no puede llegar á todas las manos, y además desde que él la escribió — hace ya más de cuarenta años — se han hecho muchos estudios nuevos sobre el asunto y descubiertos y publicados documentos que este historiador no conoció y que nosotros hemos podido consultar. Creemos, pues, que no serán mal recibidos los estudios históricos que adelante insertamos, porque es asunto altamente instructivo y curioso.





## V

## LA GRANDEZA DE LA GRAN BRETAÑA

No pretendemos por cierto dar lecciones de Historia ni manifestarnos tontamente eruditos con pretensiones de ciencia, no; nuestra intención es dar cabida en estos modestos estudios sobre Inglaterra á los frutos de nuestras lecturas y observaciones personales durante más de cuarenta años en que nos hemos gozado en estudiar en su historia, su legislatura y sus costumbres, el carácter de este pueblo tan admirable y tan difícil de imitar. Sabido es ya que debemos siempre buscar la causa de los hechos presentes en lo pasado, y no se pueden por cierto comprender las acciones de los hombres actuales si no conocemos las de sus antepasados. Vamos, pues, junto con el lector inteligente á indagar de dónde han venido á los ingleses sus actuales propensiones y cuál ha sido la causa de esa grandeza que abarca el mundo moderno, causa que no dudamos que se encuentra en la manera como se civilizó en un principio

aquella isla tan pequeña y al mismo tiempo tan grande por las cualidades excepcionales de sus pobladores. Siempre se ha observado que así como el francés se goza en propagar en el mundo entero sus ideas buenas ó malas, el inglés, al contrario, no se toma la pena de difundirlas y propagarlas sino entre los pueblos de su misma raza. Salvo la parte material de sus inventos, es decir, de todo aquello que se roza con su comercio y de lo cual puede obtener ventajas propias, el inglés no pretende forzar á nadie á que tenga sus mismos ideales, al contrario, quisiera reservarlos para sí no más. Su egoísmo es inveterado, á pesar

de su filantropía, y en todas partes se conserva alejado de las costumbres de las gentes de otras razas; no se amalgama con ellas y, como ya lo dijimos antes, considera inferiores á todos los hombres que no son anglo-sajones. Para el inglés las demás razas son inferiores, y si las estudia con interés lo hace por curiosidad científica y no por simpatía. En la Gran Bretaña, ó más bien en Escocia é Inglaterra — pues desprecian á los irlandeses, — reina un supremo egoísmo, pero un egoísmo colectivo, nacional é inmenso como su población, como es su poderío en los mares é imperial en los enormes territorios que ha colonizado en las cinco partes del mundo. Allí no hay amalgama de razas, porque el anglo-sajón no admite que pueblos diferentes hagan parte de su población, como sucede con los españoles, portugueses, franceses, holandeses y alemanes, los cuales permiten que los naturales de los países que colonizan se mezclen con su propia raza. Al inglés repugna aquella mezcla, no la admite, y como ha sucedido en Norte América — y en Australia, en la India y la Nueva Zelandia, — confina á los indígenas á lejanos desiertos, en los cuales las razas autóctonas se van extinguiendo paulatinamente.

Ellos tienen quizás razón, y creemos firmemente que el mal que en Sur América experimentamos proviene de esa amalgama con razas contrarias á la caucásica; ese in-



FAITH,

jerto malsano de los blancos con los negros y amarillos, cuyo carácter, inclinaciones y modo de ser es completamente diverso y hasta enemigo de la civilización europea; ese injerto de pueblos heterogéneos, variables é ingobernables, ha producido este desorden, esta anarquía que nos impedirá por mucho tiempo gozar de paz.

La cristianización de Europa es estudio no solamente interesantísimo bajo el punto de vista histórico sino particularmente como punto de meditación piadosa. Ha sido para nosotros grandísima satisfacción el haber podi-

do visitar la cuna del cristianismo en España, en Francia, en Bélgica y en Inglaterra. Con hondísima emoción nos postramos en *Santiago de Compostela* al pie de la tumba de ese Apóstol de la fe cristiana, cuyos discípulos llevaron la Doctrina del Divino Maestro á la Península ibérica; con singular devoción visitamos después en *Rocamadour*, en el centro de Francia, el lugar sagrado en donde dice la tradición que se estableció Zaqueo, el publicano del Evangelio, y desde allí publicó el cristianismo que irradió hasta los últimos confines del territorio de los Galos; con grandísimo interés vimos en Gante las ruinas del primer templo cristiano que se fundó en Bélgica, y contemplamos particularmente en Glastonbury y en Winchester, en Inglaterra, los lugares que la tradición señala á los primeros misioneros cristianos que llevaron nuestra santa Religión á la Gran Bretaña y con ella la cultura y la civilización.



HOPE,



CHARITY,

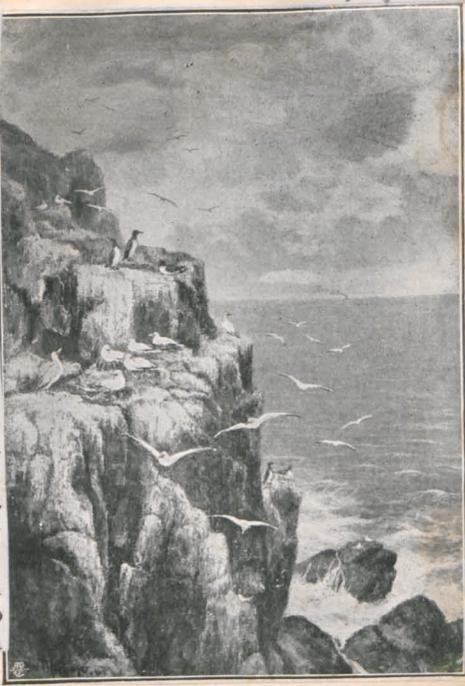
## LA CRISTIANIZACIÓN DE INGLATERRA

## I

No es del caso aquí, á pesar de lo interesante que es el asunto para los eruditos, entrar en disquisiciones históricas acerca de los primeros hombres que poblaron la Gran Bretaña, la tierra llamada *de las verdes colinas*, cubierta de espesísimos bosques habitados por fieras, que hace muchos siglos que se han eliminado por com-

reto; no entraremos tampoco á discutir si la palabra aretaña proviene de los vocablos *Beyt* y *Prydain* y si los *cimbrios* y los *logrianos* la conquistaron por completo ó parcialmente. Cuestiones son estas á la verdad insolubles, porque esos acontecimientos prehistóricos no han podido los arqueólogos estudiarlos á fondo, ni los antiguos cronistas dar cuenta clara de ello, por falta de monumentos y tradiciones fehacientes. A la verdad no se tienen noticias verídicas de aquellos territorios sino desde que los invadieron los Romanos, cincuenta años antes de la era cristiana. Conquistados pero no humillados los antiguos habitantes de Inglaterra, que profesaban el druidismo, se negaron rotundamente á reemplazar esta religión por la pagana que deseaba introducir allí el César romano. Y tenían grandemente razón en preferir el druidismo y rechazar el paganism, porque á pesar de que su religión estaba plagada de errores, el fondo de ella era mucho más noble que el gentilismo, puesto que creían en la inmortalidad del alma, en una vida futura, en la recompensa y castigo de los criminales en la otra vida, etc. etc.

Dice la leyenda santa que estando el Apóstol San Felipe predicando el cristianismo en las Galias, tuvo noticia de la religión drúidica, y viendo que los que la



profesaban parecían depender de algún centro lejano de donde recibían sus leyes, preguntó en dónde se hallaban aquellos jefes de los sacerdotes drúidicos; le dijeron que moraban en una hermosísima isla llamada Bretaña, la cual quedaba al frente del continente. San Felipe pensó que para convertir á los drúidas de la Galia era preciso empezar por los que tenían sobre ellos mando supremo. Y llamó entonces el Apóstol á José de Arimatea, que le acompañaba, y le mandó que atravesase el mar de la Mancha con algunos de sus discípulos y fuese á predicar la doctrina de su Divino Maestro entre aquellas gentes (1).

¿ Como pudo llegar en salvo San José de Arimatea hasta aquel rincón del hoy condado de Somerset, lugar que no es camino para ninguna parte y se halla distante del mar? No lo dice la tradición; pero se

(1) Grandes discusiones han tenido los autores eclesiásticos acerca del Apóstol que cristianizó primero á los bretones: Malmsbury, el Cardenal Bona y Monmouth aseguran que fue José de Arimatea quien fundó su iglesia en Glastonbury; el venerable Beda, Evans, Leland y los bolandistas refutan esta tradición, y el Obispo Teodoreto dice que quien envió misioneros á cristianizar la isla fue San Pablo, y el que tal hizo San Aristóbulo, quien fue martirizado por los drúidas el año 54 de nuestra era.



infiere que quiso ponerse bajo la protección de la reina Guenisa, hija del Emperador Claudio, casada con un jefe bretón que vivía por aquellas partes. Es probable que Guenisa fuera ya cristiana cuando llegó á la Gran Bretaña, veinte años después de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo, pues lo eran muchas damas de la Corte del César.

Arvisago (el jefe bretón) y Guenisa no solamente protegieron á los misioneros cristianos, sino que les obsequiaron con un terreno en donde pudiesen levantar un templo y depositar en él una reliquia milagrosa que llevaban consigo.

Era ésta nada menos que el sagrado *grial* ó cáliz en que se decía que Nuestro Señor dio la comunión á sus discípulos la víspera de su sacrificio, y dentro del cual es tradición que se conservaban todavía algunas gotas de su divina sangre.

Según las antiguas crónicas de la Edad Media (1), se perdió de una manera misteriosa el *santo grial*, y con ese motivo algunos caballeros cristianos salieron á buscarle por el mundo entero. Existen muchas leyendas en prosa y verso en que se refieren las aventuras de los piadosos caballeros, tanto en Europa como en Asia.

Entretanto los discípulos de San José de Arimatea se ocuparon activamente en predicar la fe de Cristo entre los bretones y en los vecinos pueblos, y muchos de ellos fueron martirizados por los enemigos del cristianismo.

Los subsiguientes invasores que pasaron del continente á la Gran Bretaña, sajones, daneses, etc., derribaron varias veces el primitivo templo y monasterio de Glastonbury, pero volvían de nuevo á levantarlo, cada vez más hermoso y más venerado, y contenía las cenizas de todos los santos y mártires que espiraban



en otras partes de Inglaterra. Allí reposaba el rey Arturo, de legendaria memoria, el cual sus súbditos no creían que había muerto sino que estaba encantado, y sin cesar aguardaban que se levantara del sepulcro para dar nueva gloria á su pueblo.

Era Glastonbury santuario adonde iban los anglosajones en constantes peregrinaciones. Los cronistas ingleses refieren muchos acontecimientos históricos que se verificaron en aquel sagrado monasterio; muchos de ellos son milagros que los santos hicieron á los que lo frecuentaban.

Casi todos los abades de aquel convento de la orden benedictina añadieron algún monumento ó capilla á la primitiva, edificada por San Dunstán con los tesoros que para ello le proporcionó á mediados del siglo XII el rey anglosajón Edmundo II, uno de los reyes más celebrados por sus victorias sobre los invasores dinamarqueses. Este rey frecuentaba á Glastonbury. Cuentan los cronistas que yendo un día de cacería en los contornos detrás de un venado, éste se arrojó por un precipicio y el caballo del rey, que le seguía, iba ya á hacer otro tanto cuando Edmundo juró é hizo voto de dar al abad de Glastonbury cuanto éste le pidiese para acabar de fabricar la famosa catedral y el monasterio, si acaso se salvaba de aquel peligro inminente. No bien pensó esto cuando el caballo se detuvo in-

móvil al borde del precipicio. San Dunstán, siendo niño, había soñado que el monasterio de Glastonbury se había convertido en un grandioso monumento, y aquella fue la ambición de toda su vida. No bien recibió los

ricos auxilios que le proporcionó el rey Edmundo cuando se ocupó en poner por obra lo que tanto deseaba. Edificó una iglesia y un soberbio convento, de cuyas ruinas, que aún existen, hablaremos adelante.

(1) Véanse: *El Santo Grial*, por Wolfram—un *minnesinger* alemán—*El romance de Parceval*, por el mismo (siglo XII) *Vida de José de Arimatea*, por Roberto de Benet. *She Holy Grial*, por el poeta moderno Tennyson. Los caballeros de la *Tabla redonda*, del rey Artus ó Arturo, fueron los que dice la fábula llevaron á cabo famosas hazañas para recuperar el sagrado vaso.

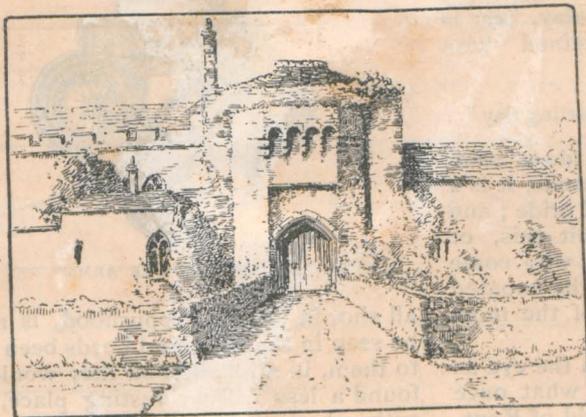




RUINS OF THE CHOIR OF GLASTONBURY ABBEY CHURCH, SHOWING THE WEST  
DOORWAY OF THE NAVE IN THE DISTANCE.

Face p. 31

72 74



THE PORTCULLIS GATE..

## II

### LA ABADÍA DE GLASTONBURY

**V**IAJÁBAMOS por Inglaterra en Julio de 1894, visitando particularmente las huellas de los primeros cristianos y las más bellas catedrales levantadas en la época de la fe, antes de la llamada Reforma.

Para llenar mejor nuestro objeto deberíamos empezar nuestra piadosa peregrinación por el primer santuario en honor de Nuestro Señor Jesucristo, que se edificó en Inglaterra en Glastonbury, tanto más cuanto que éste pocos compatriotas deben de haberlo visitado.

Desgraciadamente llovía que era una bendición de Dios para los agricultores, pero no por cierto para los viajeros. El paisaje estaba cubierto con una neblina que lo oscurecía; los campos color de esmeralda, las casitas ó *cottages* de los caseríos que atravesábamos lentamente (pues el tren era uno que andaba muy despacio, parándose á cada paso) lloraban amargamente bajo aquel manto de lluvia, y los árboles goteaban mojado el suelo en contorno.

Después de muchas horas de marcha al fin llegamos á la estación de Glastonbury, la cual se halla á alguna distancia de la ciudad. Habíamos pensado ir á pie hasta el sitio de nuestra peregrinación, con el objeto

de detenernos en un lugar que se halla en la vía, por ver de cerca una piedra que cubre aquel en que antaño había un antiquísimo rosal que tenía la particularidad de que florecía todos los años el día de la Natividad de Nuestro Señor; y reza la leyenda que había sido plantado por José de Arimatea al llegar allí. Ahora uno ó dos siglos un puritano fanático arrancó el rosal para impedir que los devotos visitasen aquel lugar. Entonces los habitantes de Glastonbury mandaron colocar una sencilla piedra que lleva esta inscripción:

J. A. D. XXXI

Como los aguaceros se sucedían sin interrupción, en lugar de ir á pie hasta Glastonbury tomámos un puesto en un ómnibus que esperaba allí á los viajeros, el cual pasó por el camino á cuya orilla se halla la mencionada piedra, que vimos de lejos; y después de atravesar la airosa y antiquísima ciudad, nos dejó á la puerta de una casa particular. Nos dijeron que por ésta se encuentra entrada á las ruinas de la antigua abadía benedictina, con lo cual los dueños de la casa obtenían buena renta, porque cada persona paga una cuota de entrada.

Hoy sin embargo los peregrinos son pocos. Antes de la Reforma Glastonbury era para Inglaterra é Irlanda como Santiago de Compostela para España y Portugal, el objeto de peregrinación de multitud de devotos. Todavía se conservan los caminos por donde desde la orilla del mar se dirigían los peregrinos que iban de Irlanda, y en contorno de la ciudad se conservan las sendas especiales que llevaban á los devotos del interior de Inglaterra hasta la famosa abadía.

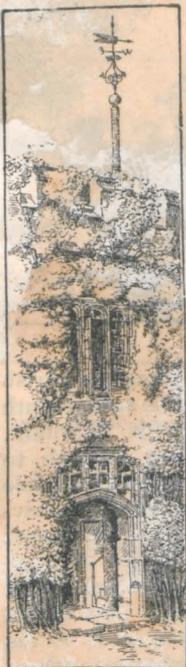
Guiadas por una rubia muchachuela pasámos por una puerta moderna que han puesto á lo que queda de las murallas exteriores del edificio, y nos encontramos en un gran prado rodeado de árboles corpulentos, dentro del cual se hallan lo que se ha salvado de las ruinas, pues desde el siglo XVI hasta el pasado estas sagradas piedras habían servido como de cantera á los habitantes de la vecina ciudad, los cuales sacaban de allí lo que necesitaban para fabricar sus casas.

Varios lienzos del edificio primitivo se conservan junto con muchos altos muros, ventanas, arcos de diversas arquitecturas, desde el romanesco puro de las primeras construcciones hasta el gótico normando de estilo casi corintio por la abundancia y riqueza de sus adornos de piedra labrada. Están intactas las puertas ó los huecos de ellas de la entrada principal de la her-



*Face p. 10.*  
INTERIOR VIEW OF THE CHAPEL OF ST. MARY, SHOWING THE RUINS  
OF THE CHOIR THROUGH THE WEST DOOR OF THE ABBEY CHURCH.

mosísima y extensa catedral, y al otro extremo el sitio en que se hallaba el famoso altar mayor, el cual dicen las antiguas leyendas que era de zafiro, regalo de San David y donado por los ángeles del Cielo al santo patrono del país de Gales.



ENTRANCE TO THE  
MAIDEN'S TOWER.

La parte más completa de la inmensa catedral es la capilla de San José ó de la Virgen, pues de ambas maneras la llaman las antiguas crónicas del monasterio.

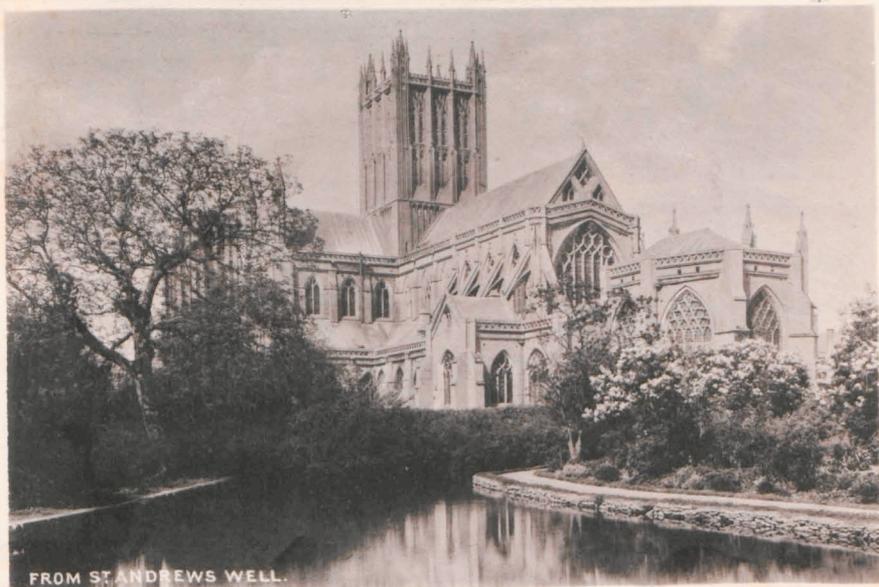
A pesar de que la capilla carece de techo, conserva sus muros en contorno, es de bellissimo estilo corintio, y según tradición allí mismo fue fundada la primera iglesia por San José de Arimatea. Tiene aún las dos torres cubiertas con espeso manto de yedra, pero ya no existe la escalera para subir á ellas. Bajo el piso de la capilla se ven aún los toscos arcos de estilo romanesco de la primitiva construcción y las señales de las tumbas de los primeros misioneros, de los abades, de infinidad de reyes, santos y príncipes, hasta la del rey Arturo y otros muchos magnates bretones, anglosajones y normandos, cuyos huesos se depositaron en Glastonbury durante la Edad Media.

Desapareció ya el arco principal de la catedral en donde Enrique VIII, de negrísima memoria, mandó que colgasen la cabeza del último abad de Glastonbury, quien fue martirizado por su orden en una torre que se ve en la cumbre de una colina cercana. Colgaron la cabeza del abad sobre la portada de la catedral; otra parte del cuerpo fue enviada á la ciudad de Wells; la tercera á Bath, y la cuarta á Bridgwater, en donde fueron devoradas por los cuervos, y por largos años sus huesos blanquearon á la intemperie sobre los muros de las catedrales.



MARKET PLACE & CATHEDRAL.

WELLS



Como no cesaba la obstinada lluvia tuvimos al fin que abandonar las ruinas, ruinas que hubiéramos deseado visitar más despacio. También fue preciso renunciar á subir á la torre en donde fue martirizado el último abad del monasterio, y no pudimos tampoco recorrer otros curiosísimos monumentos que encierra aquella vetusta ciudad histórica, triste por cierto por sus ruinas, pero interesante porque de allí irradió la luz del Evangelio para tántos millones de almas.

Permanecemos largo rato, sin embargo, bajo el alero de la casa moderna, mirando los restos del monasterio, cubiertos casi por completo por especísima capa de yedra, recordando las circunstancias del martirio del abad.

A mediados del siglo xv, cuando murió Roberto Whiting (que así se llamaba el abad de Glastonbury), la religión católica se hallaba en Inglaterra en todo su esplendor. Crióse Roberto Whiting y educóse en la rica Abadía de Glastonbury; allí mismo profesó después y desempeñó los principales empleos en el monasterio, en donde tenía grandísima popularidad entre los monjes, por sus talentos, conocimientos teológicos y sus grandes virtudes. Con ese motivo, cuando murió el abad que había regido el convento largos años, y Fray Roberto Whiting había llegado á la edad madura, la comunidad resolvió nombrarle abad. A esta solemnísimá ceremonia, que se celebró en Marzo de 1525, asis-



tieron los Arzobispos más encumbrados de Inglaterra y los Superiores de los numerosos monasterios que florecían en las vecinas ciudades. Estos lugares que contemplábamos presa de la maleza estaban repletos aquel día de una multitud que llenaba la grande iglesia, las capillas, los claustros del monasterio y recorría sus hermosos jardines, sus huertos y hortalizas, hoy convertidos en prados. Los altares de ese templo, cuyos derruidos muros aún conservaban el recuerdo de esos tiempos, resplandecían con centenares de ornamentos de plata, de imágenes cubiertas de preseas de oro y piedras preciosas; de sus arcos colgaban las banderas y pendones que habían donado los Cruzados al regresar de Tierra Santa; repercutía el canto de los monjes, y los acordes de las músicas sagradas se oían en todo el ámbito. Cuentan sin embargo los cronistas (1)

(1) The last abbot of Glastonbury, by Francis Ardan Gasquet of the order of St. Benedict, London 1893.



LEEDS CASTLE, "THE GREAT KITCHEN." HENRY VIII.'S DINING HALL.

que el nuevo abad aceptó con pena el honorífico puesto y que funestos presentimientos le entristecieron ese día, á pesar de aquellas glorias y altas preeminencias. Con gusto hubiera pasado su vida en piadoso retiro, pero su altísimo puesto le obligaba á permanecer una parte del año en Londres, asistiendo al Parlamento de los lores, con otros abades de los monasterios ingleses. El abad Whiting prefería ante todo ocuparse en el gobierno de las grandes propiedades del convento y en dar ejemplo de piedad á sus numerosísimos monjes.

No habían pasado cuatro años después de haber empuñado el báculo de pastor de Glastonbury cuando ocurrió en la Corte de Enrique VIII un hecho que turbó la paz de la nación. El Rey quiso separarse de Catalina de Aragón después de diez y seis años de matrimonio, para casarse con la hermosa Ana Bolena. Negóse el Papa á darle permiso para que hiciese tal; se opusieron los lores del Parlamento; la nación entera amaba á Catalina y detestaba á su rival; pero aquel Rey, que no escuchaba sino la voz de sus pasiones, arrostró las iras del Santo Padre y la desaprobación de sus súbditos; al Parlamento amenazó con la degollación y la supresión de los bienes seculares de las comunidades si no consentían que se declarase Jefe supremo de la Iglesia de Inglaterra, y los obligó á que pronunciaran el acta de divorcio de Catalina de Aragón.

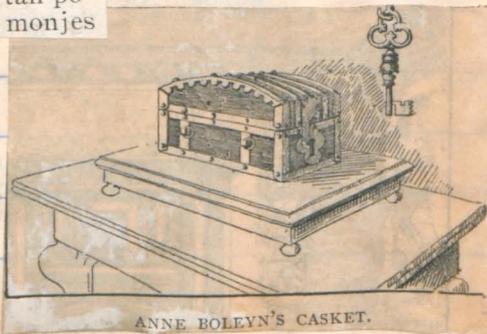
Pocos, poquísimos miembros del Parlamento se atrevieron á negarse á aquella exigencia, y casi todos firmaron el acta que declaraba á Enrique VIII Jefe supremo de la Iglesia en Inglaterra, y entre éstos firmó

aquella inicua ley el abad de Glastonbury, protestando, sin embargo, de que lo hacía para que su monasterio no perdiera sus fueros. ¡Cuánto le pesó después semejante debilidad! Regresó á su abadía humillado y pesaroso, y para olvidar aquel acto se ocupó asiduamente en el gobierno de su monasterio, que tan lejos estaba de la Corte, de sus vanidades y su ruido mundanal; ¿pero cómo se las había con Roma? Esto no lo dicen las crónicas.

Reinaba en el monasterio regido por el abad Whiting la más estricta disciplina, el orden más completo y una verdadera piedad; tenía una Corte como la de un príncipe, y le acompañaba siempre una guardia de honor compuesta de caballeros de alto rango. La hospitalidad que dispensaba era realmente regia, de manera que hubo días en que se sentaban 500 huéspedes en el refectorio dedicado á ellos, y eran miles los pobres que acudían á recibir una pitanza diaria en la portería del convento. La librería del monasterio era una de las más ricas de la Gran Bretaña, y renombrados los manuscritos antiguos y curiosísimos que encerraba. Iban á consultar estas riquezas literarias estudiantes de toda Inglaterra y visitábanlas los artistas y los hombres científicos de Europa entera.

Estas riquezas perdieron al monasterio. Nada alcanzaba á llenar el Tesoro de la Corona: Enrique VIII, que se divorciaba no bien se fatigaba de sus mujeres, una tras otra, gastaba un boato extraordinario y todo era poco para atender á los gastos de la Corona. Resolvió entonces alzarse con los tesoros de los monasterios. Para disimular sus intenciones empezó por enviar emisarios á los conventos para que examinasen las constituciones de cada uno, con el objeto de suprimirlos si los monjes no las cumplían exactamente. Aquellos enviados del Rey deberían adjudicar las propiedades y las rentas de los monasterios que suprimieran al Gobierno, es decir, al Soberano y á sus Ministros, todos los cuales se hicieron poderosos. ¡La historia se repite siempre! Ya vemos lo que está sucediendo actualmente en Francia.

En un principio los emisarios del Rey no se atrevieron á apoderarse de la abadía de Glastonbury: tan popular era aquel convento y tan respetados sus monjes



ANNE BOLEYN'S CASKET.

en todo el país, y en 1539 sólo aquel monasterio permanecía incólume en todo el condado de Somerset; pero allí acudían á asilarse los religiosos de otras comunidades á quienes se había arrebatado cuanto poseían. Los bienes de las iglesias y santuarios habían sido robados sin piedad, no solamente los vasos sagrados, las joyas, las campanas, los muebles, los cuadros, etc., sino también el techo de cinc de algunos edificios, y hasta los tubos de las cañerías; de manera que viéronse las calles y plazas inundadas por las corrientes de agua que antes iban á los monasterios. Martillaban los santos de piedra que adornaban las puertas; arrastraban por las vías públicas y arrojaban á los muladares todo aquello que no les servía, y el saqueo fue tan universal que no había casa ni choza en todo el país que no poseyera algún despojo de las iglesias ó conventos. Llevaron á Londres y á los palacios del Rey carretadas llenas de plata labrada y de joyas, y muchas de ellas se encuentran hoy día en el riquísimo tesoro de la Corona de Inglaterra en la torre de Londres.

Sólo quedaba Glastonbury en pie, como hemos dicho; y como ni siquiera el sacrílego Enrique VIII se atreviese á suprimir el monasterio, temiendo algún motín entre los numerosos dependientes de la abadía, expidió una orden real llamando al abad apremiantemente al Parlamento reunido en Londres para tratar de asuntos graves. Cuando el abad se preparaba para obedecer esta orden llegaron sin anunciarse á Glastonbury ciertos emisarios del Rey, los cuales entraron á las piezas del abad; examinaron prolijamente sus papeles privados y entre éstos hallaron un libro manuscrito de su puño y letra en el cual probaba la ilegalidad del divorcio del Rey con Ana Bolena. Probablemente esto debió de haberlo escrito para enviar á Roma y sincerarse de la debilidad de su conducta en el Parlamento.

¿Qué podía importarle al sanguinario Enrique VIII que se dijera que era nulo su divorcio con Catalina de Aragón, cuando ya se había divorciado y degollado á cuatro mujeres más y se preparaba para hacer lo mismo con la quinta? Empero el manuscrito del abad Whiting sirvió de base para ponerle preso subrepticamente, llevarle á Londres, y á pesar de su edad avanzadísima, sumirle en un calabazo, mientras se apoderaban del monasterio, lo saqueaban, robaban y arruinábanlo á su sabor, dejando su iglesia sin techo y yermos y abandonados sus claustros y edificios principales. A pesar de su debilidad y sus achaques, tanto



READING ABBEY GATEWAY.

el abad de Glastonbury como los de Reading y de Colchester supieron guardar su dignidad. Rehusaron obedecer á Enrique y considerarle Jefe de la Iglesia, á pesar de la firma que años antes habían estampado en el documento de que hablámos atrás. Les juzgaron entonces secretamente en la Torre de Londres, los condenaron á muerte y les enviaron á las ciudades vecinas de sus abadías, para que allí les juzgaran de nuevo y públicamente los condenasen á muerte, junto con los religiosos de su convento que no habían querido separarse de sus Superiores y se resolvieron á sufrir su misma suerte.

El abad de Reading y el de Colchester sufrieron el martirio en sus abadías; al de Glastonbury tocó ser juzgado en Wells, en donde por orden superior los jueces reunidos *ad hoc* le condenaron á muerte. Para agravar la pena deberíala sufrir ante sus feligreses y antiguos súbditos en la abadía de Glastonbury, y en su marcha hacia el suplicio le acompañaban ciertos ladrones y forajidos á quienes juzgaron al mismo tiempo para humillarle y vejarle todavía más.

Como su ancianidad no le permitía caminar largo tiempo á pie, le llevaron en carro hasta las puertas de la ciudad de Glastonbury; allí le ataron á un cuévano que



arrastraba un caballo, y de aquella manera, por una ruta escabrosa, le pasaron por delante de su antiguo monasterio y por las calles en donde poco antes la población entera se hincaba para recibir su bendición, pues el abad de Glastonbury tenía las prerrogativas de un Obispo. En la cumbre de la colina y al pie de la torre le aguardaba el patíbulo. Antes de sufrir el suplicio se postuló, pidió perdón á Dios y á los hombres, bendijo desde esa altura la población, perdonó á sus enemigos y se entregó al verdugo, quien vivo todavía le descuartizó y entregó sus miembros palpitantes á los esbirros que tenían orden de llevarlos á los lugares en que deberían exhibirlos públicamente. Los dos monjes que le acompañaban sufrieron la muerte con la misma serenidad cristianísima, y recuerdan sus nombres junto con el del último abad de Glastonbury con singular veneración hasta los mismos protestantes de aquella ciudad.

Las víctimas de la crueldad de Enrique VIII se cuentan por miles, y más tarde tendremos ocasión de mencionar otras, las cuales no siempre recuerdan las historias de Inglaterra, y cuyos pormenores no se encuentran sino en las crónicas de aquellos tiempos aciagos.

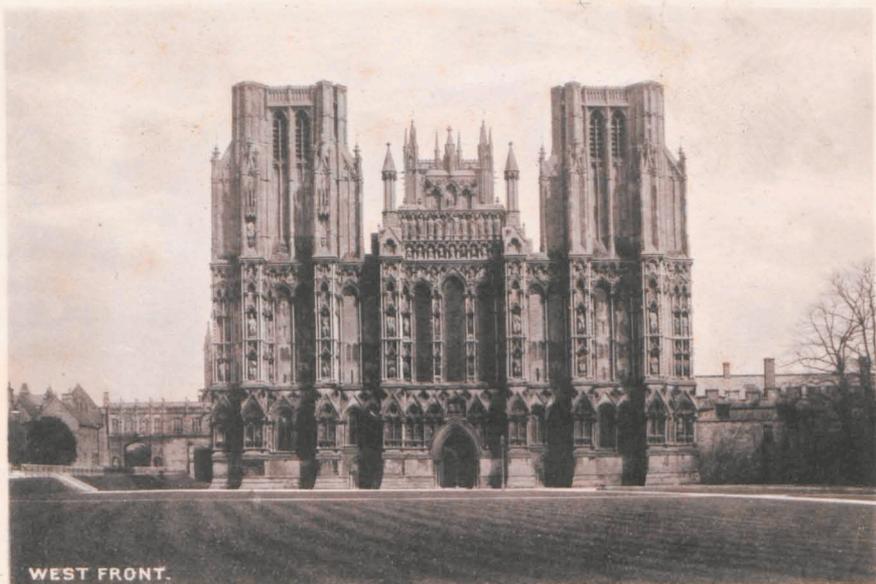


LADY CHAPEL.



MOOT & BISHOPS PALACE.

WELLS



## WELLS

## III

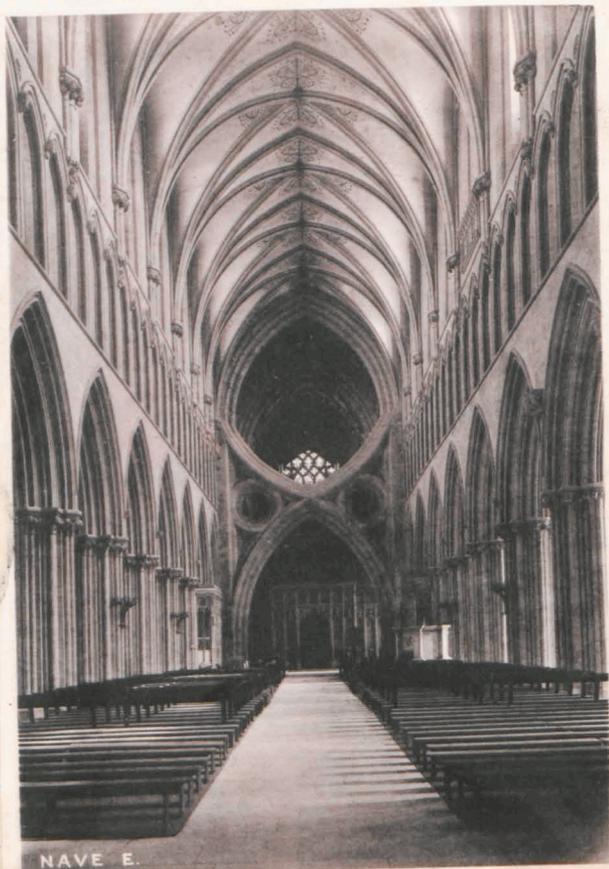
## LA CATEDRAL DE WELLS

No nos detuvimos esa noche en Glastonbury sino que seguimos en el tren que nos llevó a la histórica ciudad de Wells en el Condado de Somerset. Llegamos ya por la tarde y nos alojamos en el hotel del Cisne.

Wells es una antiquísima ciudad de menos de cinco mil habitantes hoy día, pero que desde el siglo x fue Obispado. No tiene más interés que su maravillosa catedral, quizás la más bella por su arquitectura singular que puede verse en toda la Gran Bretaña, como tampoco carece de importancia el palacio episcopal y la antigua mansión del deán y de los canónigos.

El estilo gótico inglés es diferente del de los edificios, catedrales y casas consistoriales del Continente.

La preciosa catedral de Wells está dedicada a San Andrés y se halla en el mismo sitio en que el Rey sajón Ina edificó un templo, en gran parte de madera, en el siglo viii, el cual fue reemplazado hacia la mitad del siglo xii por otro de piedra de estilo normando, y defi-

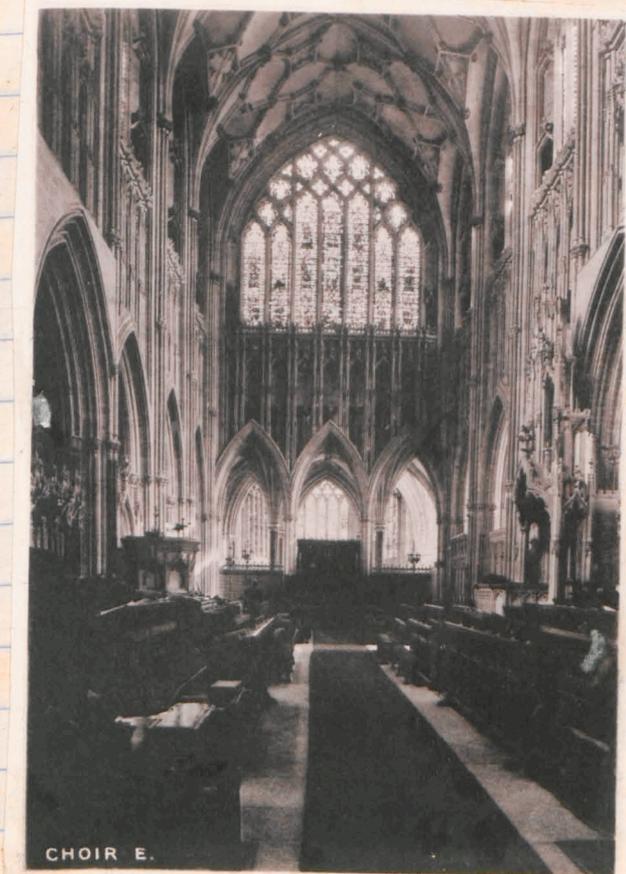


NAVE E.

WELLS

nitivamente transformado en los siglos XIII y XIV por la hermosísima catedral de estilo perpendicular que existe todavía.

Hasta la mitad del siglo XI toda Europa ostentaba un mismo estilo arquitectónico; pero de allí para adelante se empezó á notar una diferencia, según los países y costumbres de cada pueblo; entre todos el que más se apartó del gótico continental fue el que se usó en Inglaterra. Según dicen los expertos en la materia, se observaba allí desde entonces la tendencia á emplear piedras grandes, columnas planas, ventanas á alfizares ensanchados; sus torres son altas, delga-



CHOIR E.

## WELLS

das, sin apoyos; sus ventanas redondas, con balaustres en el medio; éstas, las ventanas, agrupadas; y á medida que se adelanta en el arte las ornamentaciones aumentan, los arcos se hacen menos redondos y más puntiagudos, sus muros tienen listas horizontales ó verticales y consérvase en muchos la costumbre de hacer una sola torre central.

La catedral de Wells y los edificios eclesiásticos que se ven al lado no tienen rival en Inglaterra por la perfección y armonía de todas sus líneas. Desgraciadamente el interior del templo ya carece del culto católico y no conserva de su antiguo esplendor sino aquello que el fanatismo protestante no ha podido destruir.



## WELLS



THE VICARS CLOSE.

### Casas de los Canonicos

Lleva una torre central, la cual se halla en el corazón de la cruz de San Andrés y se levanta rodeada de arcos con sus capiteles de rico follaje, pájaros y animales. La nave principal es angosta con respecto a su altura. Por sus numerosas y estrechas ventanas entra la luz al través de cristales del siglo xvi. La antigua capilla de la Virgen, hoy vacía por supuesto y desprovista de su altar, es uno de los monumentos más bellos de Inglaterra con sus columnas delgadas y enhiestas. Hallábase allí la tumba del fundador de la presente catedral, el Obispo Joceline, pero los puritanos de la época de

Cromwell la destruyeron. Vense en diferentes partes de la catedral monumentos antiguos con las estatuas yacentes de los Obispos de la época del catolicismo, y cerca las de los protestantes, algunos de éstos con sus mujeres al lado (!)

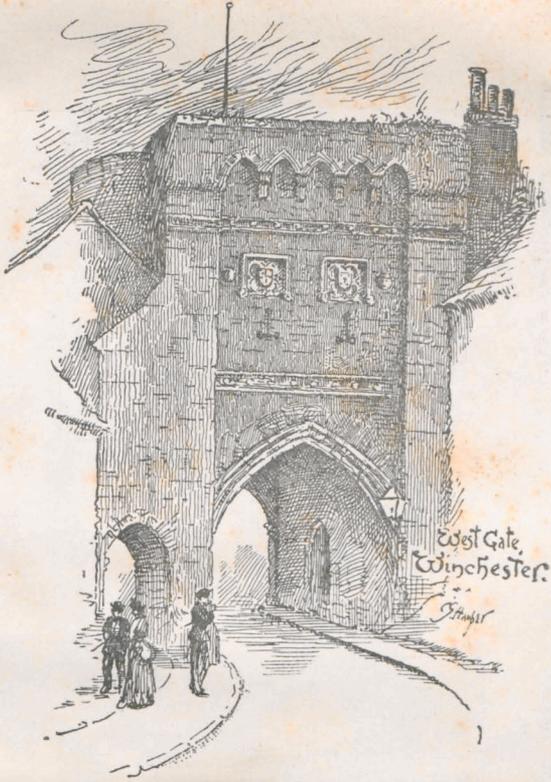
El palacio episcopal, también de arquitectura perpendicular gótica, se halla rodeado de jardines; no pudimos ver el interior porque el Obispo acababa de enviudar y no permitió que entrasen extraños a los aposentos particulares. De lejos, sin embargo, vimos en



una alameda á algunos niños, los cuales nos dijeron que eran los hijos del susodicho Obispo viudo. Se conservan las ruinas de la antigua sala capitular en donde fue juzgado y condenado á muerte el último abad de Glastonbury.

En torno de estos edificios eclesiásticos aún se halla el antiguo foso lleno de agua corriente, sus murallones y el puente levadizo de la Edad Media; pero ya remachado á uno y otro lado, puesto que no le levantan nunca.





WINCHESTER

Como ya dijimos en otro capítulo, cuando visitámos á Inglaterra en 1894 llevábamos la intención—que entonces cumplimos en parte—de visitar y seguir las huellas de los primeros cristianos en aquella isla.

Después de Gladstonbury y Wells tocaba su turno á Winchester, adonde fue llevado el cristianismo hacia el año de 186 de nuestra éra.

Llegámos á aquella ciudad no un día lluvioso, como nos sucedió en Gladstonbury, sino en uno hermosísimo y despejado, y nos alojámos en el hotel Georges, situado en el centro de sus históricas calles.

Esta antiquísima ciudad se halla en las orillas del río Itchen, cuyas pintorescas riberas han presenciado las escenas más importantes de la historia de Inglaterra, desde la época fabulosa en que dice la tradición que se estableció allí por primera vez un guerrero llamado *Hudibras*, ocho siglos antes de la éra cristiana, hasta el día en que Felipe II de España se casó con la Reina María Tudor.

Durante los primeros tiempos de su fundación Win-

chester se llamó *Caer-Juwent*; los romanos le pusieron el nombre de *Venta Belgarum*, porque se decía que sus habitantes habían ido del continente y eran de origen belga; en la época de la invasión sajona se llamó *Winchescastrum*, y por último Winchester, contracción de la anterior palabra.

Poco se ha escrito acerca de lo que sucedió en Winchester durante más de nueve siglos después de su fundación. Hacia el fin del siglo III de nuestra era dicen las antiguas crónicas que vivía allí independiente de los romanos, dueños de los adyacentes territorios, un Rey bretón llamado Lucio, el cual tuvo noticia de la religión cristiana y quiso conocerla á fondo.

Fácil parece que le hubiera sido pedir algún Misionero á los vecinos cristianos del país de Gales y de



Cornwall, pero éstos se habían negado rotundamente á tener comunicación alguna con los bretones de las otras provincias de Inglaterra y vivían completamente separados de ellos. En un principio los cristianos procuraron llevar la fe de Cristo á sus vecinos, pero vieron las persecuciones que sufrían

do los martirios y las persecuciones que sufrieron sus emisarios, juraron negarse siempre á enviar mensajeros de la palabra divina fuera de sus territorios, juramento que cumplieron durante siglos, lo cual impidió por largo tiempo que hubiese armonía entre los cristianos de Inglaterra, y produjo hasta la amenaza de un cisma con la Iglesia romana, dejando quizás aquello la semilla que germinó siglos después en la época de la Reforma.

El Rey bretón de Winchester mandó con ese motivo hasta Roma á pedir al Papa San Eleuterio misioneros cristianos, y él le mandó dos: San Fregacio y San Damián, los cuales convirtieron y bautizaron al Rey, la Reina y gran parte de los habitantes del país; además fundaron en un terreno espacioso una iglesia que dedicaron á San Marcos Evangelista y difundieron el cristianismo hasta Londres, y en el mismo sitio en que después se fundó la Abadía de Westminster, en medio de pantanos y espeso bosque, levantaron una iglesia católica, dícese que dedicada á San Pedro Apóstol. Sin embargo nada de esto consta por la historia sino por la tradición y la leyenda.

Según estas mismas fuentes el Rey Lucio, que lleva el apelativo de santo, no se sabe si con razón ó sin ella y si fue ó no canonizado, huyó al cabo de algún tiempo para escapar de las persecuciones de los enemigos de los cristianos y fue á parar á Suiza; en Coira le hicieron Obispo y parece que predicaba desde lo alto de una roca en donde dejó estampada la señal de su mano en la piedra (1).

Sin embargo el cristianismo predicado por los santos misioneros enviados por San Eleuterio fue paulatinamente extinguiéndose en Inglaterra, cuyas últimas chispas se acabaron de consumir en la persecución diocleciana (siglo IV), en la cual perecieron misioneros, monjes y convertidos, junto con sus templos y edificios sagrados. La fe de Cristo revivió otra vez en la época de la madre de Constantino, la inglesa Santa Elena, y tanto ésta como sus descendientes edificaron de nuevo iglesias y levantaron monasterios, poblados por monjes romanos, quienes llevaron á las Islas Británicas junto con la civilización cristiana las letras, las artes y las ciencias.

La cultura se difundía en gran manera en Inglaterra, fomentada por los romanos, cuando en el siglo V los romanos tuvieron que abandonar sus posiciones en la Gran Bretaña para volver á Italia á defender sus

(1) Esta leyenda, que corroboran algunos de Suiza, la refiere el monje benedictino Radborne, el cronista de Winchester.

(1) Citado por el R. P. Brou en su *Vida de San Agustín de Cantorbery*.



hogares de las invasiones de los bárbaros del Norte. Los habitantes de Inglaterra vieron alejarse á las legiones romanas sin pesar y sin caer en la cuenta de que éstas los dejaban indefensos y á la merced de los invasores paganos del continente que sólo esperaban aquel suceso para apoderarse de la isla fértil y de *verdes colinas* cuya conquista ambicionaban. Los bretones procuraron en vano defenderse; pero como habían olvidado el arte de la guerra, bajo la dominación avasalladora de los romanos, se dejaron vencer en todas partes por los sajones.



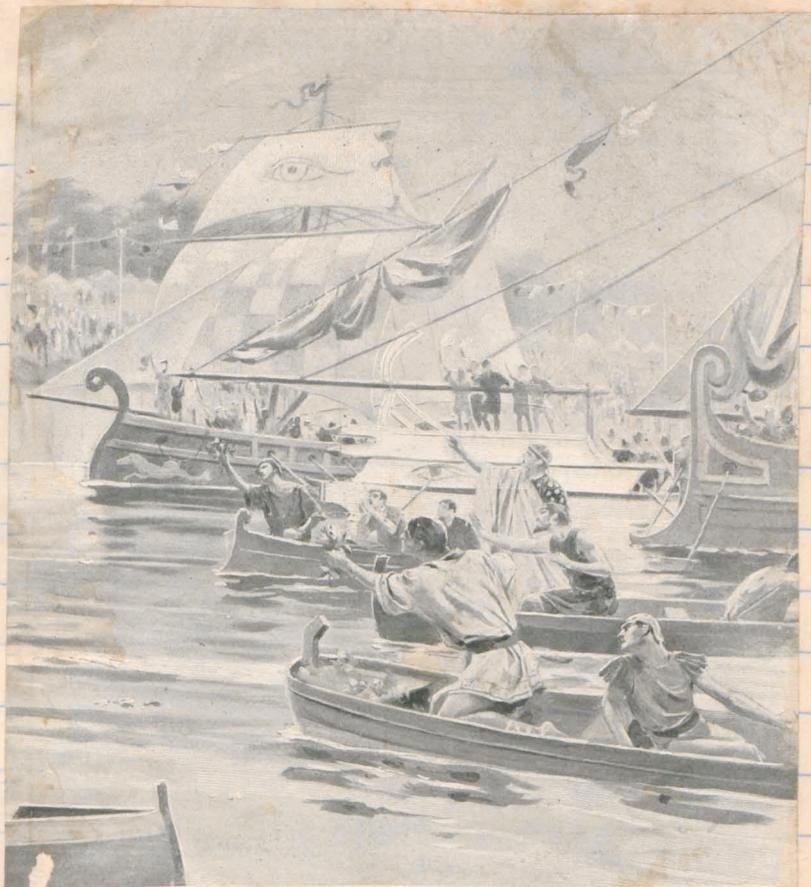
Aquellos bárbaros desembarcaron en sus costas por cientos y por miles; como una corriente continua subían de las orillas del mar hacia el interior. «¡Justo castigo de antiguos crímenes!» decía el monje Gildas (quien se había refugiado en el fondo del país de Gales); «el incendio—añade—se extendía de uno á otro mar; atizado por manos sacrílegas destruyó ciudades y caseríos; no se detenía sino cuando la lengua roja del salvaje hubo lamido todo el terreno de la isla hasta el Océano occidental... Las ciudades se derrumbaron



bajo los golpes del hacha del invasor; los sacerdotes junto con sus iglesias, los fieles y el pueblo entero perecían en medio de las llamas... No había para ellos otra sepultura que las entrañas de las aves de presa que devoraban los cadáveres ensangrentados... Otros morían de hambre perseguidos hasta el fondo de los bosques, y los que alcanzaban á huir en miserables barcas se ahogaban en el mar.»

Una de estas antiguas ciudades llamada por los romanos *Calleva-Abrevatum*—sitio llamado hoy Silchester—se la ha encontrado en los últimos años bajo espesa capa de tierra, no lejos de Winchester. También visitámos con el mayor interés sus extensas murallas, sus casas iguales á las de Pompeya, muchas de éstas intactas, salvó los techos, y nos señalaron en las ruinas de la basílica cristiana y en los baños al estilo romano, las huellas de las llamas que destruyeron la población hacía más de mil cuatrocientos años.

Los sajones conservaron empero en algunas ciudades los mejores templos cristianos, cuyos ornamentos destruyeron para establecer en ellos el culto de Odin, y obligaban á los pocos naturales que no perecieron á



rendir homenaje á sus dioses. Como otras muchas poblaciones, Winchester fue arruinada por los sajones; pero el feroz Jefe que se apoderó de ella, á pesar de que mandó sacrificar á los sacerdotes católicos que encontró allí, conservó el templo, el cual dedicó á sus ídolos. Allí permanecieron éstos hasta que en el siglo VII el misionero italiano llamado Birino, enviado por el Papa Honorio I, se presentó en Winchester á convertir á los sajones del reino de Wessex. El santo misionero no solamente logró convertir al Rey y á casi todo su pueblo, sino que arrojando del antiguo templo católico las imágenes de Odin, Freya, For y demás dioses de la mitología escandinava, echó los cimientos de la catedral.

Ya se habían convertido al cristianismo la mayor parte de los invasores sajones, los cuales parece como si Dios les hubiese inspirado aquellos viajes de aventuras para que aprendiesen á conocer la fe cristiana mucho antes que lo hicieron los de su raza que continuaron residiendo en el continente.

Permítasenos, aunque sea de paso, referir la manera como se convirtieron los habitantes del reino de Kent, la parte de Inglaterra más vecina del continente.

Tocó llevar á cabo esta obra redentora á un Papa y á una mujer; el Papa lleva en la historia el nombre de Gregorio Magno, y era un santo, y la mujer era una Reina y la esposa del Rey sajón Etelberto de Kent.

En los mercados de Roma vendían esclavos de diferentes razas, que llevaban allí los piratas que frecuentaban las costas de todas las tierras conocidas entonces. Un día pasaba por allí el futuro San Gregorio (que en ese tiempo sólo era Abad en un convento de Roma) y le llamó la atención un grupo de esclavos anglosajones que brillaban por la blancura de sus carnes, entre varios negros africanos y morenos asiáticos.

—¡Qué hermosos son! exclamó el monje deteniéndose; ¿de donde los han traído?

—De la Bretaña, contestó el vendedor.

—¿Son acaso paganos? repuso el romano.

—¡Sí, le dijo el pirata, pero son fuertes y hermosos!

—¡Qué lástima! exclamó el monje alejándose.

Y desde aquel momento empezó á trabajar, pero en vano, para que la Santa Sede enviase misioneros á las Islas Británicas, ofreciendo personalmente sus servicios, los cuales no fueron aceptados. Poco después le nombraron Papa, y entonces logró lo que deseaba. Supo que una Princesa de raza católica llamada Berta había casado con el pagano Rey de Kent, y consideró aquella circunstancia propicia para enviar misioneros á aquella parte de Inglaterra. Escogió doce monjes abnegados y entusiastas por la fe, y los despachó á las Islas Británicas bajo el mando de un Abad, que después fue canonizado bajo el nombre de San Agustín de Cantorbery. Merced al apoyo que Agustín halló en la Reina Berta, logró convertir al Rey, á sus cortesanos y á su pueblo; cristianización que invadió hasta Londres, por el Norte primero, y después sus emisarios convirtieron paulatinamente á los habitantes de toda Inglaterra hasta Escocia, en donde dominaba la raza antropófaga de los pictos, los cuales habían permanecido salvajes; andaban desnudos y pintados y eran más sanguinarios y más inmorales que cuantas tribus errantes encontraron los conquistadores españoles en América, en la época del descubrimiento.

«La conversión de Inglaterra, dice Carlos Bémont (1), al catolicismo fue fecunda en grandes resultados. Propagó el amor á las letras en un país bárbaro, así como el de la vida contemplativa en una sociedad in-

(1) Historia general desde el siglo IV á nuestros días, por Lavisse y Rambaud, primer tomo, página 580, París, 1896.

99  
101



clinada á la violencia, y dio á la nación inglesa, bajo la heptarquía, la apariencia de la unidad nacional. Aunque en Inglaterra existían varios reinos y reyes, no había sino una sola Iglesia, sometida al Primado sujeto á Roma. Los Concilios fueron los primeros parlamentos nacionales; sus sacerdotes, instruidos todos, representaban la justicia y la moral que predicaban, y tenían ya un gran lugar en las Asambleas públicas del país... y de esta manera poco á poco la Inglaterra entraba en la gran familia de las naciones civilizadas.»

